fotos

SEMANARIO GRAFICO de INFORMACION y REPORTAJES

AÑO IV NÚM. 197

MADRID
7 DE DICIEMBRE DE 1940

LEA USTED entre otras informaciones gráficas interesantes

CUMPLEAÑOS DEL CAUDILLO

•

Las primeras fotografías del combate naval al sur de Cerdeña

•

LA CATASTROFE FERROVIARIA DE VELILLA DE EBRO

•

EL BRASIL ENORME Y DELICADO, por Eugenio Montes, de la Real Academia Española

•

EL DUELO CONTRA INGLATERRA Por José Díaz de Villegas

•

LA BATALLA DEL AZUCAR

•

8.000 IGLESIAS ESPAÑOLAS DESTRUIDAS

•

LA POETISA Cuento, por Josefina de la Maza, ilustrado por Usa

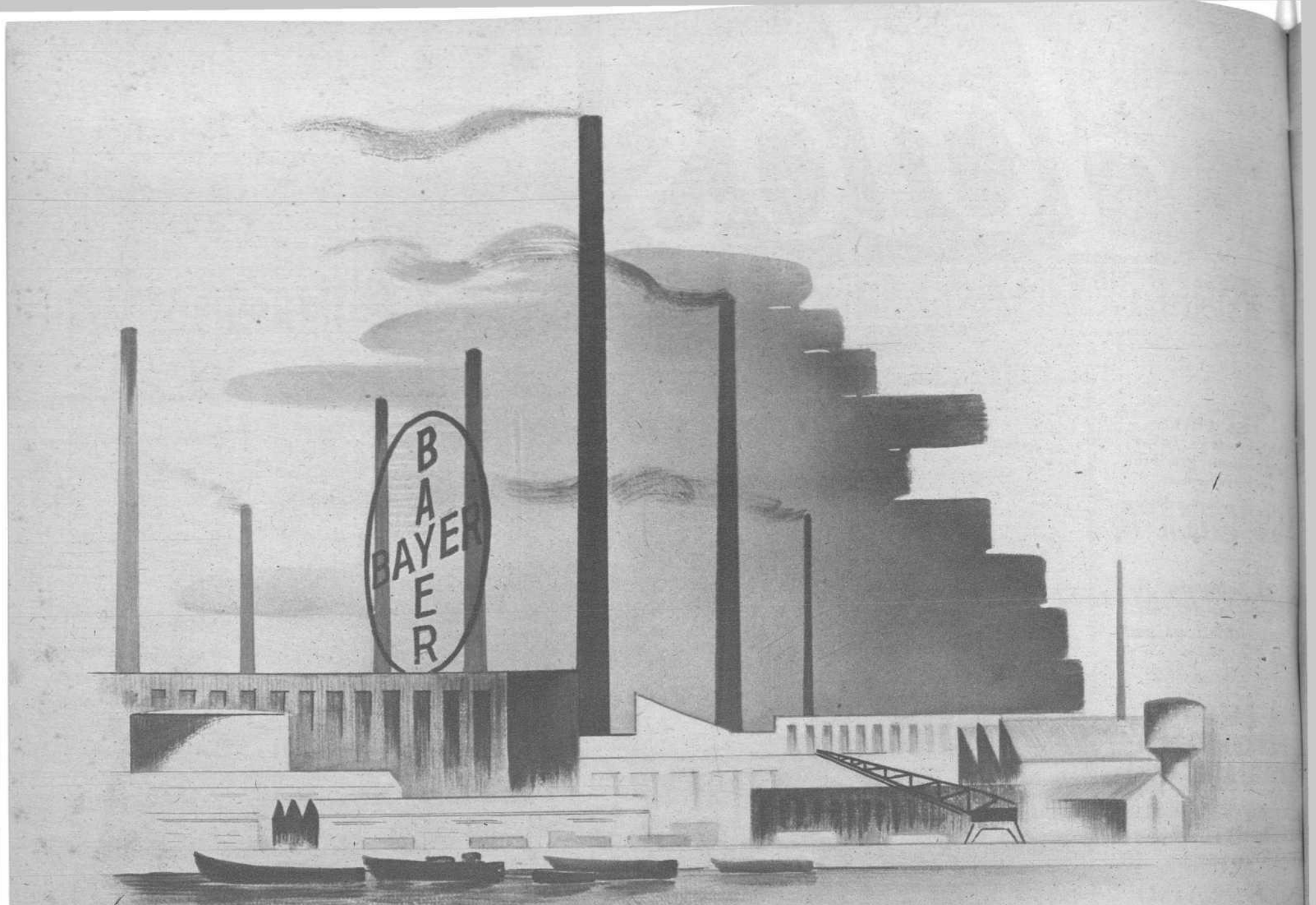
•

Otros interesantes reportajes sobre Hernando de Soto, Hernán Cortés y Concilio de Trento, modas, deportes, etc.

50 ctms

LA GUERRA ITALO-GRIEGA

El general Metaxas, de paisano, a la izquierda del Rey Jorge de Grecia, observa el terreno de operaciones que éste le señala como conocedor de la orografía helénica



Donde hay hombres hay....

En Alemania a orillas del Rhin, un núcleo inmenso de fábricas y laboratorios trabaja incesantemente en favor de la humanidad creando y elaborando los medicamentos que bajo la marca de la CRUZ »*Bayer*« conquistaron la confianza de todos los pueblos del mundo.

Aquí se halla la cuna de la auténtica ASPIRINA. Conocidas sus inimitables propiedades en todos los países de la tierra, ha venido a ser un factor insustituible en la vida de los pueblos. No en vano se dice que donde hay hombres hay

ASPIRINA BAYER

EL REMEDIO DE FAMA MUNDIAL

fotos

AÑO IV NUM. 197
MADRID, 7 DE DICIEMBRE DE 1940

Dirección y Redacción:
Hermosilla, 73
Teléfono 56165

El Caudillo ha cumplido sus 48 AÑOS

LLENOS de gestas guerreras y de abnegados servicios de todo orden en pro de la Patria, el Caudillo de España y Jefe de la Revolución Nacional ha cumplido, el pasado día 4, sus cuarenta y ocho años.

No es del momento juzgar la trascendencia vital que para España ha tenido la figura de Franco, desde que, por sus méritos indiscutibles, reveló, allá en tierras inhóspitas de Africa, sus altas calidades de adalid victorioso. Allí, efectivamente, realizó proezas tan importantes, que sin él sería muy difícil que Marruecos hubiera representado para España lo que todos hemos podido comprobar durante la durísima prueba de tres años de guerra.

Cuando el heroísmo de los españoles, derrochado en toda el área de la Patria, estaba en trances de dispersarse en rumbos múltiples, Francisco Franco, con un gesto que es ya de la Historia, unificó bajo su mando las fuerzas auténticas de la nación y con ellas inició el esfuerzo final para liberar la Patria de toda extranjería y subirla al rango de gran Potencia en el futuro orden de Europa.

Francisco Franco debe ser para nosotros el vértice de toda empresa y la voz única de la que hemos de recibir la orden para cada coyuntura.

La ley sindical, recientemente aprobada, es jalón seguro que fija una etapa difícil en la marcha hacia la trasmutación del viejo orden social y económico por la nueva estructura estatal que exigen los tiempos.

Larga tarea que realizar nos espera a todos bajo su mando. Desde lo más profundo del corazón, elevamos a Dios votos por la salud del Caudillo y por el éxito completo de la Revolución Nacional que él encabeza.

ESTA SEMANA EN LA HISTORIA

EL 2 de diciembre de 1547, pronto hará cuatrocientos años, moría en Castilleja de la Cuesta, no lejos de Sevilla, un caballero español.

Era el tal caballero ya viejo, más que por los sesenta y dos años de su vida, por la augusta pesadumbre de sus glorias. Soldado del rey desde que la reciura de su hombro le permitió sostener el peso de una pica, su biografía había sido un romance de milagros épicos, cuya grandiosidad da perfiles de fábula y de leyenda a la historia de la Patria. Alto, fornido, de barba cerrada, sus cejas hirsutas eran como dos ballestas, siempre en tensión, por donde disparaba los venablos de su mirada genial. Llamábase — su nombre lo dice todo — don Hernando Cortés y cuentan que un día pudo decirle nada menos que al César Carlos, señor de dos Continentes: «Soy el hombre que os ha dado más tierras que Estados heredásteis de vuestros abuelos».

Hernán Cortés es una de esas figuras excepcionales que solamente España pudo concebir, criar y proyectar sobre el mundo. Encarna la más alta representación del genio militar y aventurero de la raza. «Militar» y «aventurero»; esto es, la mitad de «lo español». Y de la otra mitad, de «lo religioso», de «lo intransigente», también conmemoramos en estos días otra al-

Hernán Cortés, con sus frailes y sus soldados, brazos del Imperio, funda la ciudad de Vera-Cruz ante la atónita mirada de los indios indígenas. ¡Gloriosos tiempos aquellos en que los españoles fundaban ciudades a lo largo de continentes remotos y de islas fabulosas! (Fot. Ortiz)

tísima efemérides: la última sesión del Concilio de Trento, ocurrida el 4 de diciembre de 1563.

Hernán Cortés y sus hombres sirvieron con la reciedumbre fiera del guerrero al mismo fin católico e hispánico que los teólogos españoles de Trento. Y unos y otros con la espada, la pluma y la palabra sentaron las bases inconmovibles de este mundo portentoso de la Hispanidad, de tan recia arquitectura, y pretendieron el mismo sublime anhelo de realizar la unidad moral de los humanos bajo:

«Un Monarca, un Imperio y una espada»

como tan bellamente afirmó Hernando de Acuda, el poeta favorito de Carlos I, tocayo y contemporáneo de Cortés.

(Los españoles de hoy conocemos poco esas grandezas de nuestro pasado; conocemos más la Historia como una serie de anécdotas que como hondas palpitaciones de nuestro ser nacional, señaladoras en todo momento de un certero camino a seguir. Es más, hasta habíamos querido olvidarlas para «europeizarnos», esto es, convertirnos en copistas serviles de las mismas naciones que no regatearon esfuerzos para empobrecernos y humillarnos. Por eso, este recordatorio semanal de nuestro pretérito esplendor quiere contribuir a alumbrar la senda del futuro en esta etapa de reconstrucción iniciada sobre los sacrificios de una generación heroica, fiel a los destinos de la Patria.)

Hernán Cortés tiene méritos y antecedentes para tomarlo por modelo del tipo de caballeros de aquella edad áurea. Nace hijo de hidalgos en una vieja casona blasonada de Medellín. Estudia latín, leyes, humanidades, y las callejas tortuosas de rejas florecidas de Salamanca conocen sus primeros devaneos y sus primeras estocadas. Galante y audaz, igual rima una estrofa con el arte reciente de Nebrija, que desarma una cuadrilla de corchetes del Corregidor. Igual ora entre la suave penumbra dolorida de un templo, que escala el forjado balconaje de un palacio, estuche de piedra labrada para los besos impacientes de una mujer hermosa. En él, como en los grandes tipos de nuestros siglos grandes, se dan los bruscos contrastes que caracterizan el genio de «lo español»: el Quijote y el Sancho, los caballeros del Greco y los borrachos de Velázquez, las confesiones y los desafíos, la «mística doncella» y la «linda tapada...»

Hernando, mozo y lleno de ímpetu, deja los galanteos y los latines salamanquinos por el paisaje, inundado de luz y de guerra, de las dos Sicilias, donde el puño de hierro de Gonzalo de Córdoba va domeñando todos los obstáculos que se oponen a la formación del Imperio Católico.

Eran aquellos los días en que Italia conocía como asombro las aventuras hispánicas en las Indias de Occidente. Las cartas de Colón y de Vespucio circulaban en copiosas ediciones latinas y vulgares. Y portugueses y españoles habían dividido el mundo en Tordesillas como quien parte una óptima fruta para satisfacer el hambre espiritual de dos civilizaciones paralelas.

Los relatos indianos debieron de atraer el espíritu inquieto de Hernando, que partió para la isla Española, para Cuba, para el Continente que había de llamarse Nueva España. Allí fué contra la opinión de muchos, incluso contra la opinión de la burocracia oficial, muy bien platado al frente de unas partidas de tropas aventureras y de frailes misioneros.

Al pie mismo de la gran empresa, cuando al hacer saltar el Imperio de los Aztecas parecía sueño de locura o fantasía de romancero, algunos «prudentes» vacilaron. ¡Pero bah, no es el conquistar Imperios, o el hacerlos, empresa de «prudentes»! Entonces rechazó a los cobardes y con sus pelotones de iluminados se cortó las amarras, esto es, «barrenó» sus naves, no las «quemó», como se ha venido diciendo alegremente contra toda verdad histórica.

Y con el mar a la espalda y todo un continente hostil delante y a los lados, avanzó, avanzó siempre, diplomático unas veces, guerrero otras, algunas cruel, varias magnánimo, muchas justiciero, siempre, siempre con los contrastes que marcan de desconcierto a nuestra raza incomparable.

Hernando Cortés conquistó el Imperio azteca tras unas aventuras impares en su grandiosidad, que más parecen obra de dioses mitológicos cantada por poetas paganos, que de hombres de carne y hueso. Baste solamente el recuerdo inmarcesible de Otumba o el de la «Noche Triste», cuando Cortés y los suyos lucharon en proporción de uno contra dos mil y vencieron, al fin, con la gallardía de titanes.

Tras la conquista, sobre las minúsculas intrigas de sus enemigos y envidiosos, el rey Carlos I reconoció los derechos que le asistían para gobernar las tierras. Pero Cortés no fué sólo un guerrero, sino un descubridor, que aparte de Méjico, organizó numerosas expediciones geográficas de innegables consecuencias científicas, algunas de ellas costeadas de su praticular peculio.

En 1540, después de unas peripecias de asombro y unos desengaños de ingratitudes, regresó a la península. Y en ese mismo año volvió a combatir por su rey como un capitán más en la expedición de Argel. Poseía grandes riquezas y el marquesado del Valle de Oaxaca, cuando hace ahora trescientos noventa y tres años se fué para siempre de los reinos de España a los reinos del cielo desde un viejo palacio con escudo heráldico de Castilleja de la Cuesta, no lejos de Sevilla.

Pedro de Valdivia, conquistador de Chile y gran patriota, siempre fiel a sus monarcas, atrozmente atormentado por los araucanos

El Concilio de Trento

El Concilio de Trento fué tan español como ecuménico, al decir del maestro Menéndez y Pelayo. Tras las corrupciones que el mundo renacentista había desenterrado del vientre de la antigüedad clásica o se había contaminado de Bizancio, era necesario que la Iglesia, corroída en lo que tenía de carne fofa y pecadora, se reformase para ajustarse a la austera y rígida severidad del cristianismo auténtico.

Aquí en España tuvimos un reformador excelso: el Cardenal Ximénes de Cisneros; por no tenerlo la Europa central y nórdica, donde el mal era mayor y la virtud más pequeña que en Castilla, cayó en la herejía de la Protesta luterana. Y entonces la Iglesia de Roma tuvo que hacer una aplicación universal de lo que el prelado toledano había hecho en las Españas, y los españoles, siempre ortodoxos, siempre disciplinados, acudieron a Trento, con el prestigio de su pureza y la fuerza arrolladora de su talento.

Nuestros más altos nombres del siglo XVI — ¡del siglo de oro! — brillaron allí con sus deslumbradoras luces: Lainez, Salmerón, Cano, M. Pérez de Ayala, Soto y otros inmortales varones hicieron que en aquélla, la más memorable y transcendental asamblea de Cristiandad, el pensamiento español diera normas doctrinales a la Iglesia. Y ahí está, probándolo con su valor de eternidad, el maravilloso discurso de Lainez sobre la Justificación, réplica al bueno y adocenado de Fray Jerónimo de Seripando. Gracias a esa oración de Lainez, aceptada por el Concilio, no han caído los pueblos católicos en el fatalismo. Y es tal la importancia histórica y cultural de esa intervención española en Trento, que Maeztu, el sabio converso y mártir, ha podido escribir con razón que el día que habló Lainez fué «el más alto de la Historia de España en su aspecto espiritual».

El jesuíta español P. Diego de Lainez, durante su inmortal discurso sobre la «Justificación» en el Concilio de Trento. (Fot. Ortiz)

Muerte de Hernán Cortés y clausura del Concilio de Trento: dos efemérides que no deben pasar a olvidadas en la hora presente. Además, en esta semana se conmemoran otros hechos históricos: un 2 de diciembre, Napoleón III da su famoso «Coup d'Etat»; otro 2, Valdivia pelea con los araucanos y el 3 es sometido a tormento; otro 3 se defienden los finlandeses de la invasión comunista; celebran el 4 el día de Santa Bárbara los artilleros españoles; Colón descubre, el 5, Haití y la Dominicana; el 6 nace Baltasar Gracián, el inmortal pensador cristiano, y el 7 muere asesinado Cicerón, la mayor figura de la oratoria gentil.

J. E. CASARIEGO

2 de diciembre de 1547. — Muere en Castilleja de la Cuesta, Hernán Cortés, conquistador de Méjico

2 de diciembre de 1804. — Es coronado emperador, Napoleón Bonaparte.

3 de diciembre de 1554. — Sufre atroz tormento por los araucanos, el conquistador Pedro de Valdivia

3 de diciembre de 1795. — Muere sir Rowland Hill, inventor de los sellos postales.

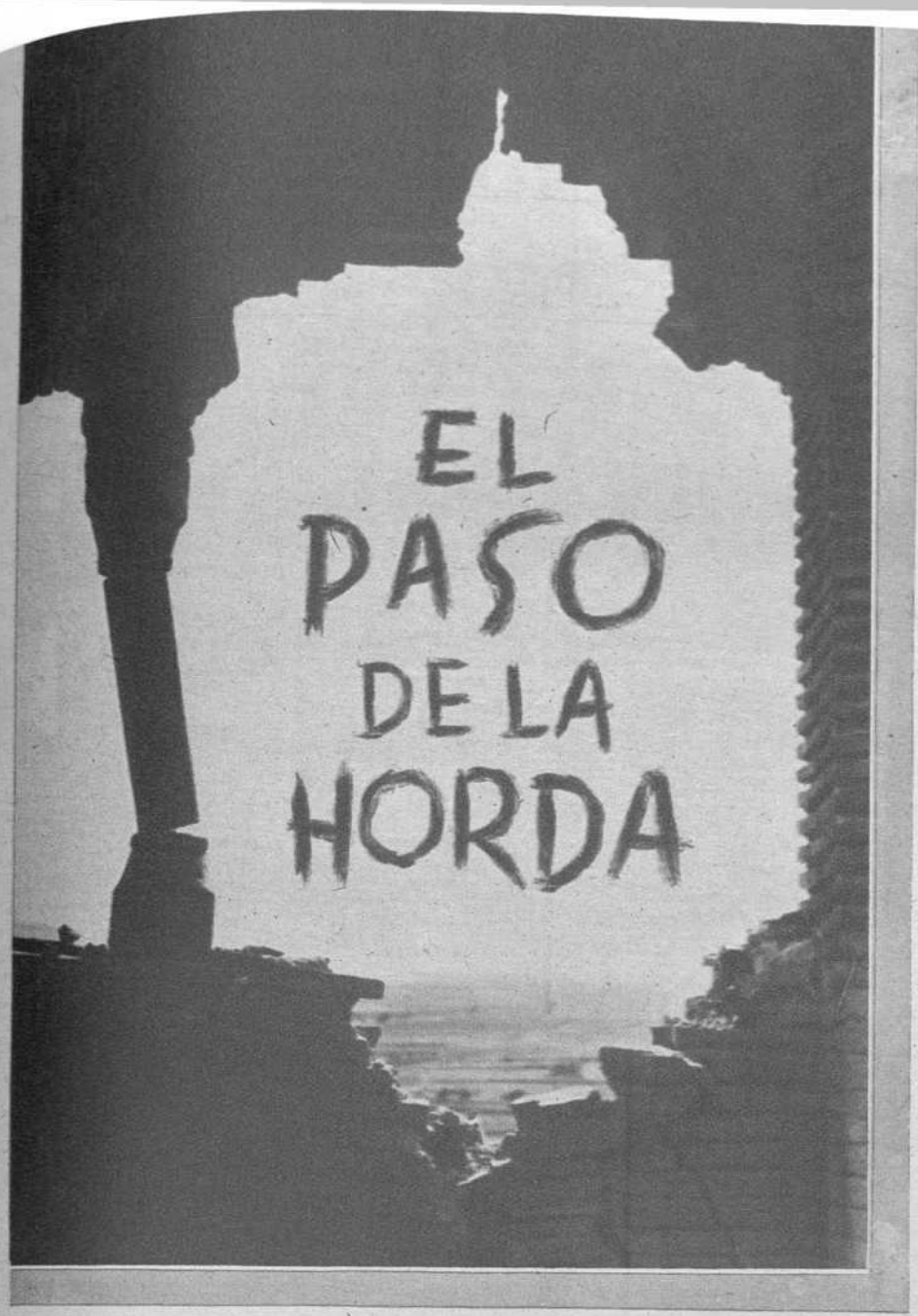
4 de diciembre de 1563. — En el día de Santa Bárbara se celebra la última sesión del Concilio de Trento.

5 de diciembre de 1492. — Cristóbal Colón descubre Haití y la Dominicana.

6 de diciembre de 1658. — Muere Baltasar Gracián, el agudo ingenio español, maestro del feminismo de Schopenhauer.

7 de diciembre del año 43, a. J. — Muere asesinado Cicerón, el mejor orador romano.

7 de diciembre de 1492. — Sufre un atentado en Barcelona el rey Don Fernando el Católico.



CUANDO en el mes de mayo de 1931, apenas instaurado el régimen republicano, la chusma quemó varias iglesias y conventos de Madrid, y el que se titulaba Poder público se encogió de hombros, quedó claramente señalada la trayectoria de aquel odioso conjunto, gregario, heterogéneo, por las procedencias, pero con un definido denominador común: el ateísmo. La ruta estaba marcada. Así, en sucesivas ocasiones y lugares, el desenfreno, la pasión, el ejercicio constante del motín y la algarada, tuvieron como preferente trámite expansivo la agresión a las casas de Dios. No hay que olvidar que, entre aquella quema de conventos de los primeros días de la República, y la gigantesca actividad antirreligiosa desarrollada durante la dominación roja, simultánea al glorioso Movimiento nacional, hubo muchos atentados, muchos incendios, extraordinario número de destrucciones.

Para fijar la magnitud del daño es suficiente con recoger unas cifras relativas al período de la guerra. Planteada formalmente la lucha en los campos de batalla, parecía lo lógico que todo el empeño estuviera en reducir a los duelos bélicos, a la acción puramente militar, la controversia forzosamente establecida. Los rojos no lo entendieron así. Para ellos, lo de menos fué la guerra misma. Amplios testimonios hay de esta gran verdad. La retaguardia roja fué más sangrienta, más implacable, que el que, pretenciosamente, se llamó «ejército popular» y sólo supo sufrir reveses y perder poblaciones y comarcas. Y una de las manifestaciones de ese furor incontenible, de ese desahogo de la pasión sectaria, fué—marcado ya el camino desde la iniciación de la República—la vesánica destrucción de templos, conventos, seminarios, capillas y casas que tuvieren, de un modo u otro, carácter religioso.

España ha tenido una tradición copiosa de unión del arte con la religión. Hasta en las más ignoradas y minúsculas ermitas de esos pequeños pueblos, escondidos en nuestra Geografía, desconocidos para el viajero, se han conservado retablos, cuadros de pintores famosos, objetos de culto que tenían un gran valor. La consideración de que se destruía un patrimonio nacional no era bastante a detener las manos sacrílegas. La idea de que esos tesoros eran una expresión del arte español, no podía contener el impulso ateo y brutal. De este modo, en la zona que dominaron los marxistas fueron incendiados y destruídos por la horda los siguientes edificios religiosos:

Veinticinco catedrales, cuatro Colegiatas, sesenta y tres iglesias arciprestales, cuatro mil seiscientas siete parroquias, ciento diecinueve auxiliares de parroquia, seiscientas sesenta y una filiales, ochocientas cuarenta y siete capillas, cuatrocientas cuarenta y siete conventuales, ciento diecinueve santuarios, mil noventa ermitas, setenta y dos iglesias abaciales cuatro patrimoniales, nueve seminarios y tres Palacios episcopales. En total: *Ocho mil ochenta y un templos incendiados y destruídos, nueve seminarios y tres Palacios episcopales.* ¿No da espanto pensar que en pleno siglo XX se puedan consumar estas atrocidades, impropias de un pueblo civilizado? Pues se han consumado. Y para nuestra vergüenza, los desalmados que lo hicieron, españoles de nombre, se sentían estimulados por hombres más cultos, que poseían títulos, que se llamaban catedráticos, médicos, abogados, militares. Porque la pasión política les cegó de modo tan inverosímil que creían necesaria esa salvajada, y la autorizaban con su silencio o con sus acicates. Esta es la triste, la tremenda verdad de España. Si los más preparados, los más sensibles, los que se llamaban defensores de la libertad y la cultura — en una identificación que se ha visto cómo era de absurda — hubiesen querido, todo ese espectáculo de ateísmo y de incivilidad hubiese sido ahorrado.

Pero sigamos con las cifras, porque ellas tienen más fuerza de argumentación y de impresionar que nuestros comentarios. ¿Saben ustedes lo que, en dinero, representa toda esa riqueza religiosa desaparecida? Pues el valor puramente material de toda esta devastación, sin contar el mérito artístico de la mayor parte de las iglesias derruídas, de las imágenes que fueron destrozadas, de los objetos de culto que han desaparecido, se eleva a 458.926.524 pesetas. Esto es cerca de *quinientos millones*. Y hay que tener en cuenta que los datos que aquí se consignan no son completos todavía, pues la diócesis de Barcelona falta en este cómputo. Y es una de las más importantes, por el número de sus edificios religiosos e instituciones de todo orden. Tampoco está la de Cuenca. Sólo en Madrid y su diócesis, la reconstrucción y reparación de los templos destruídos se calcula en cuarenta millones de pesetas. Para la catedral, la venerada y popular iglesia de la calle de Toledo, se destinan dos millones. Para la arciprestal de Alcalá, uno.

Como queda dicho, no se incluye en estos datos el valor artístico de lo desaparecido. Si así se hiciera, la cifra de quinientos millones subiría en términos muy considerables. Cuadros famosos, joyas arquitectónicas, obras maestras de los mejores imagineros — en la región levantina han sido quemados, o destrozados a hachazos, casi todos los salzillos—, retablos maravillosos, cálices y custodias del siglo XIV y del XV, tallas incomparables... Todo ello lo arrasó el furor iconoclasta. No se veía una riqueza artística. Eran los símbolos de una religión a la que se atribuían todas las culpas. Así lo habían dicho los conductores, los jefes, los cabecillas. Y la chusma obedeció ciegamente, dejándose llevar de su instinto de fiera en libertad. ¿Cuándo se podrá reparar todo el daño sufrido? Los católicos españoles, que están llamados a contrarrestar la acción furibunda y destructora de los enemigos, pueden hacer mucho. Ninguna limosna es corta. Ninguna aportación será leve o innecesaria. Piensen todos, ante la dimensión impresionante de la lesión causada, ante el volumen del daño inferido, que en sus manos tienen la reparación. No basta con lamentarse y fulminar anatemas contra los enemigos de Dios y de España. Obras son amores...

F. C.

Ocho mil iglesias españolas fueron destruídas durante la dominación marxista.—Los daños materiales se elevan a quinientos millones.—Los de mérito artístico son incalculables.—Sólo en la diócesis madrileña, 40 millones de pérdidas

EL DUELO CONTRA INGLATERRA

La guerra en el aire y en el mar

La ofensiva aérea

DESDE el día 7 de septiembre último, todos los días los comunicados de guerra de Berlín y Londres acusan los ataques continuos y terribles de la Aviación germánica, ora sobre Londres — los bombardeos a la capital del Támesis son lo que pudiéramos llamar «la constante» de esta guerra —; ora sobre las regiones agrícolas del Mediodía, cuyos confines con el «Inglis Channel» (los ingleses se adjudican la posesión del Canal de la Mancha), están jalonados por los más formidables puertos militares británicos; ora, al fin, sobre las ciudades del Oeste, tendidas en los estuarios del Mar de Irlanda, focos activísimos de la industria inglesa. Todos los días, sin excepción, el parte acusa reiteradamente esta novedad que a fuerza de repetirse ha terminado por hacerse rutinaria. ¡Pero cuánto horror nuevo añade cada día el comunicado! En cada jornada, por otra parte, la nota se hace más patética, más terrible, más grave.

El megáfono de cualquier punto costero anuncia la proximidad de la Aviación enemiga... Rápidamente, las escuadrillas de intercepción se levantan para salirle al paso. El teléfono avisa nerviosamente a la artillería antiaérea... La barrera de fuego está lista... A retaguardia llegan, también, los avisos sucesivos del avance de las formaciones germánicas... Estas marchan entre nubes, sin más que tomar alguna referencia de situación al través de ellas, o durante la noche. Ya sobre el objetivo empieza el bombardeo aéreo simultáneamente con el fuego de la artillería antiaérea. ¡Es un concierto infernal! Los aviones de la defensa ya están en el aire... El combate se generaliza quizá iluminado por las bengalas arrojadas por los aviones atacantes y por los proyectores con los que escudriña la defensa. ¡Un centenar de toneladas de explosivos caen sobre no importa qué centro fabril, naval, militar o las comunicaciones y los puertos de algún lugar de Inglaterra! ¡Terrible perspectiva la de esta guerra moderna, implacable, que no conoce de frentes ni distingue entre la población civil y la militar! ¡Ni tregua, ni descanso!

La Aviación de ataque alemana mantiene cada día un ritmo creciente de su capacidad ofensiva. Tras de una experiencia muy próxima a los cien días, ha modificado sus medios de ataque, su naterial, sus explosivos. Los ingleses, desconcertados, pregonan que han descubierto un proyectil que al estallar en el aire desenvuelve largos alambres que han de hacer presa en las alocadas hélices de los aviones alemanes. La verdad es, sin embargo, que a los ataques aéreos diseminados han sucedido últimamente los bombardeos macizos de ciudades enteras, que desaparecen en llamas y entre escombros bajo esta tempestad de fuego.¡ Londres, Coventry, Birmingham, Southampton, Plymouth, Bristol, Liverpool...! He ahí los jalones de la destrucción de Inglaterra que amenaza ser integral! Una agencia americana, que nadie tacharía de parcial, afirma que algunas de estas poblaciones ha quedado arrasada. El comunicado inglés que se refiere al bombardeo de Liverpool, el segundo gran puerto comercial británico y la ciudad del N. O. y de la orilla del Mersey, a que alude ese acertijo que se llama el comunicado inglés, reconoce la gravedad de los daños y aun los acentúa un boletín posterior. Un diario americano, *New York Sun*, pinta con brochazos apocalípticos el cuadro de desolación de la Inglaterra bombardeada. La Gran Bretaña, viene a decir, lanza el S. O. S. para que América la ayude. ¡Sin ella está perdida! A la verdad, sin la ayuda americana Inglaterra habría sido ya vencida. Los Estados Unidos se muestran hasta ahora propicios a esta ayuda. Y están decididos, parece, a continuarla, mientras que quieren también redoblar su rearme aéreo y ayudar a los suramericanos y a los chinos de Chang-Kai-Chek. ¡Demasiada ambición la de este programa!

¡Mientras tanto, los obreros de las fábricas de hidroaviones ingleses de Rochester huelgan!

La ofensiva naval

Y sin embargo, quizá este aspecto desolador y terrible de la guerra aérea no sea el más grave. Inglaterra siempre piensa en el mar. «El Océano — ha dicho un pensador — es inglés por inclinación». A la verdad, todo el poder real y efectivo de Inglaterra radica simplemente en esto. Poseía quince acorazados al comenzar la guerra. Sin ellos Inglaterra habría sido teatro de una «Blietzkrieg» mucho más relámpago que la de Polonia, que la de Noruega, o que la de Holanda. El mar, en efecto, es el talón de Aquiles británico. ¡Y teme el dardo...! No sin razón. Antaño, los naturales de cierto litoral británico se dedicaban a una industria criminal: apagaban las luces por la noche para atraer a los navíos a la costa y hacerlos naufragar para lucrarse luego del botín. Tales prácticas, bien se comprende, terminaron hace mucho tiempo. Pero el mar que bate las costas de Albión es siempre indomable y el litoral mantiene una historia trágica. Reclus asegura que en las orillas del Canal de la Mancha ocurrían, en su tiempo, una enorme parte de los dos mil naufragios anuales que sufría la flota británica. ¡Mas no son ahora los temporales la causa de los más graves males de la Marina comercial británica! El peligro grave, como en 1917, es debido, en el momento, a la acción de las unidades sutiles y sobre todo de los submarinos teutones. El propio ministro de Marina inglés se alarma, en un discurso público, de la situación. El de Abastecimientos anuncia nuevas restricciones. El de Agricultura solicita, con angustia, de los productores, que produzcan más... El *Daily Telegraph* dice que la guerra contra las comunicaciones marítimas británicas es la más peligrosa de las actividades alemanas. *Daily Mail* proyecta negruras sobre el cuadro crítico actual que compara al de 1917. El propio Greemwood reconoce que la flota británica sufre pérdidas irreparables. Y, en fin, lord Lothiam informa en Wáshington, con acento más patético que lo hacia su compatriota el almirante americano Sims en aquel año, que Inglaterra está en trance de sucumbir...

¡La guerra en el mar! Se habla, a la verdad, demasiado poco de ella. Y es quizá, esta vez también, la clave.

Anotemos dos episodios de esta actividad marítima durante la semana. El combate naval angloitaliano al Sur de Cerdeña. Al cañoneo siguió la intervención

Gracias a los brillantes éxitos militares obtenidos por los alemanes en el Oste de Europa, Inglaterra sufre el asedio a que le someten los implacables y continuos ataques de la aviación y de las fuerzas marítimas germánicas. El gráfico materializa perfectamente el agobio del cerco británico, expresando en kilómetros la distancia de las bases teutonas a los objetivos ingleses

afortunada de la Aviación fascista, que ha causado daños de importancia al enemigo. Y, por último, el encuentro entre destructores alemanes e ingleses a la salida del Canal, que ha costado dos buques de esta clase a la Marina de Su Majestad. Inglaterra no ha podido esta vez realizar su estrategia peculiar: llevar la guerra a la frontera del adversario. Esta vez la sufre en su casa y en sus propias aguas. ¡Que no son para ella menos casa que la misma tierra insular!

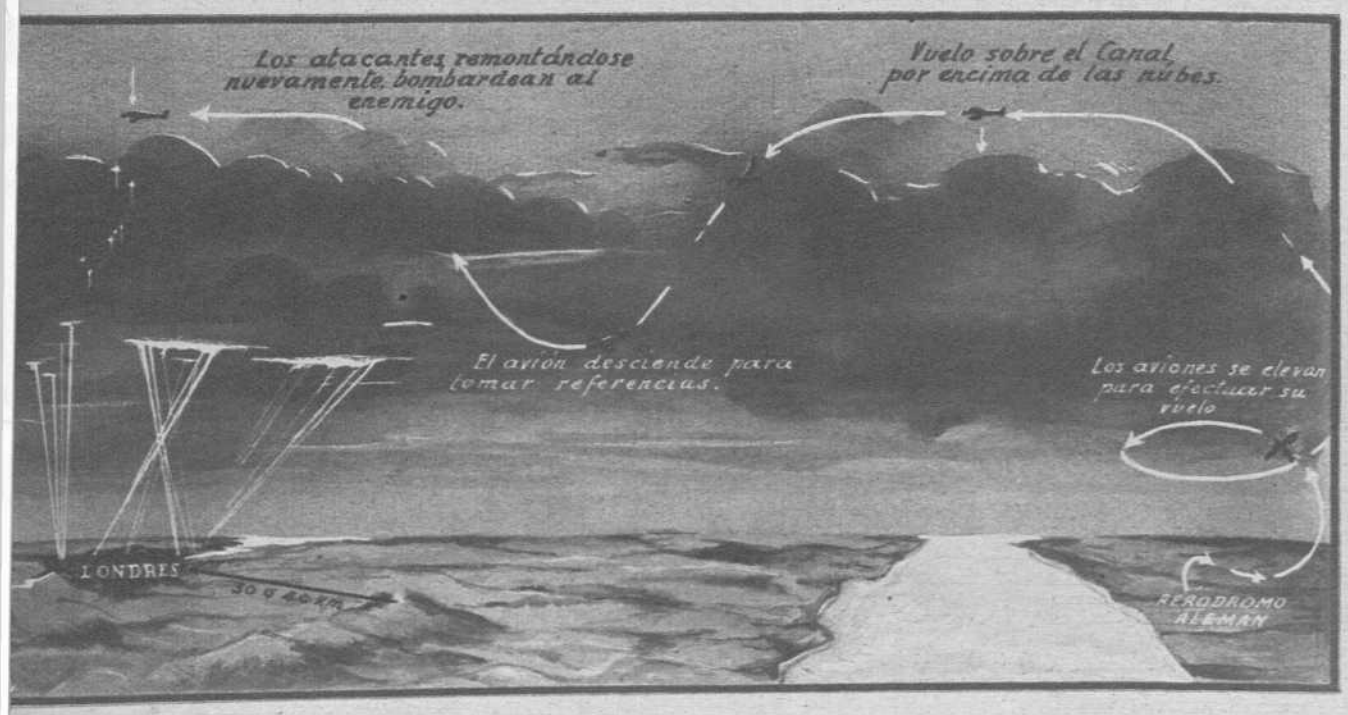
La ofensiva diplomática

La política, mientras tanto, se agita. Se presienten los trabajos, como se adivinan los de las galerías de una mina. Un día, infaliblemente, sucederá la explosión. La diplomacia del Eje se dispone también, con sus armas terribles, al asedio de Albión. En Sofía, Zankoff dice que Bulgaria forma parte de la concepción del mundo representada por Alemania e Italia, frente a los viejos sistemas capitalistas de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos. Bulgaria hace declaraciones pacifistas. Pero llama a las quintas no movilizadas durante un plazo de setenta y cinco días. Yugoslavia se aproxima más al Eje. Turquía recela. Dicta restricciones en el consumo de la gasolina y del alumbrado. Inglaterra, mientras que implora la ayuda de América — ¡¡¡en donde lleva gastados en un año 315.794.000 dólares!!! — bombardea Marsella y derriba el avión comercial que transporta al Alto Comisario francés en Siria, Chiappe, el que muere con todos sus acompañantes. ¡Aun estaba reciente el recuerdo de Dakar y de Orán!

He aquí el cuadro de la guerra durante la semana. Pese a la quietud aparente de los frentes de batalla continentales, Inglaterra sufre golpe tras golpe. Las armas nuevas, la Aviación, los sumergibles, las canoas, la ponen en grave trance. Y es que Inglaterra — es curioso — es el país de la tradición por excelencia, siempre inclinado por temperamento a la rutina a no admitir nada nuevo, al menos en cuestiones de armamento. El Almirantazgo se opuso antaño a la introducción del vapor como fuerza motriz; a la adopción de los acorazados, a la aplicación del petróleo a la navegación y la construcción del túnel bajo el Canal...; Wellington negaba terminantemente en el Parlamento que una locomotora pudiera recorrer más de un kilómetro... ¡Hasta hubo una corriente de opinión contraria a amarrar los cables submarinos en las costas inglesas! ¡¡Las autoridades navales y militares, por su parte, se opusieron a la celebración de la Exposición de Londres, en 1851, por si los extranjeros que habrían de visitarla intentaban algo contra la seguridad de la Isla...!!

He aquí lo que nos recordaba en un diario francés, hace ahora dieciséis años, el señor Churchill, el mismo señor Churchill que, presidiendo actualmente el Gobierno inglés, se ha visto sorprendido — ¡también él! — por la Aviación, los submarinos y los «schelboote» germánicos...

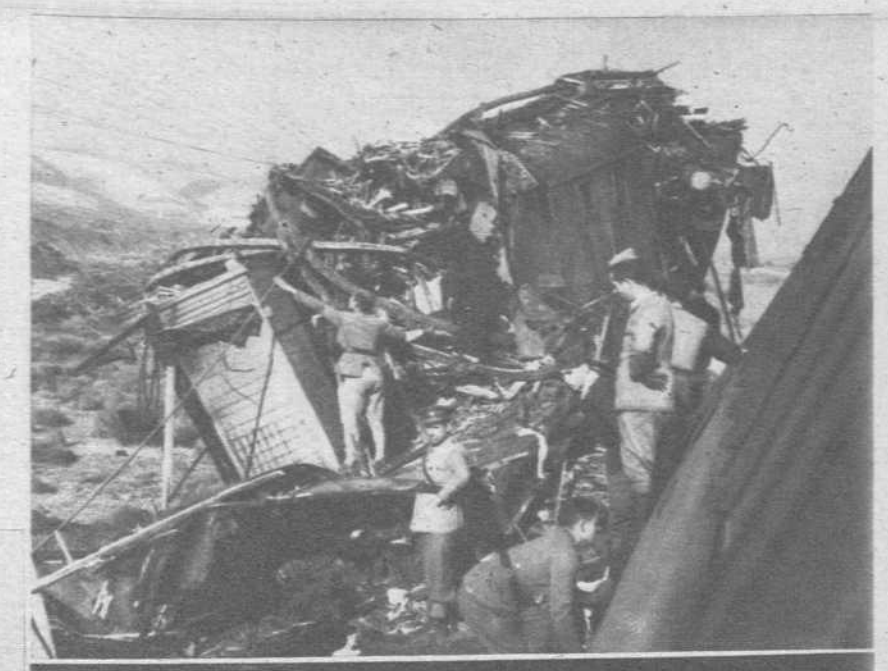
JOSE DIAZ DE VILLEGAS



He aquí cómo los ingleses nos explican el desarrollo de los ataques aéreos alemanes. Los aviones del Reich vuelan diariamente sobre el Canal, enmascarados por las nubes. Sólo un instante descienden al través de ellas para tomar una referencia segura. Y en seguida, remontándose, siguen su «raid» para dejar caer, con precisión matemática, centenares de toneladas de explosivos sobre el blanco

LA CATASTROFE FERROVIARIA DE VELILLA DE EBRO

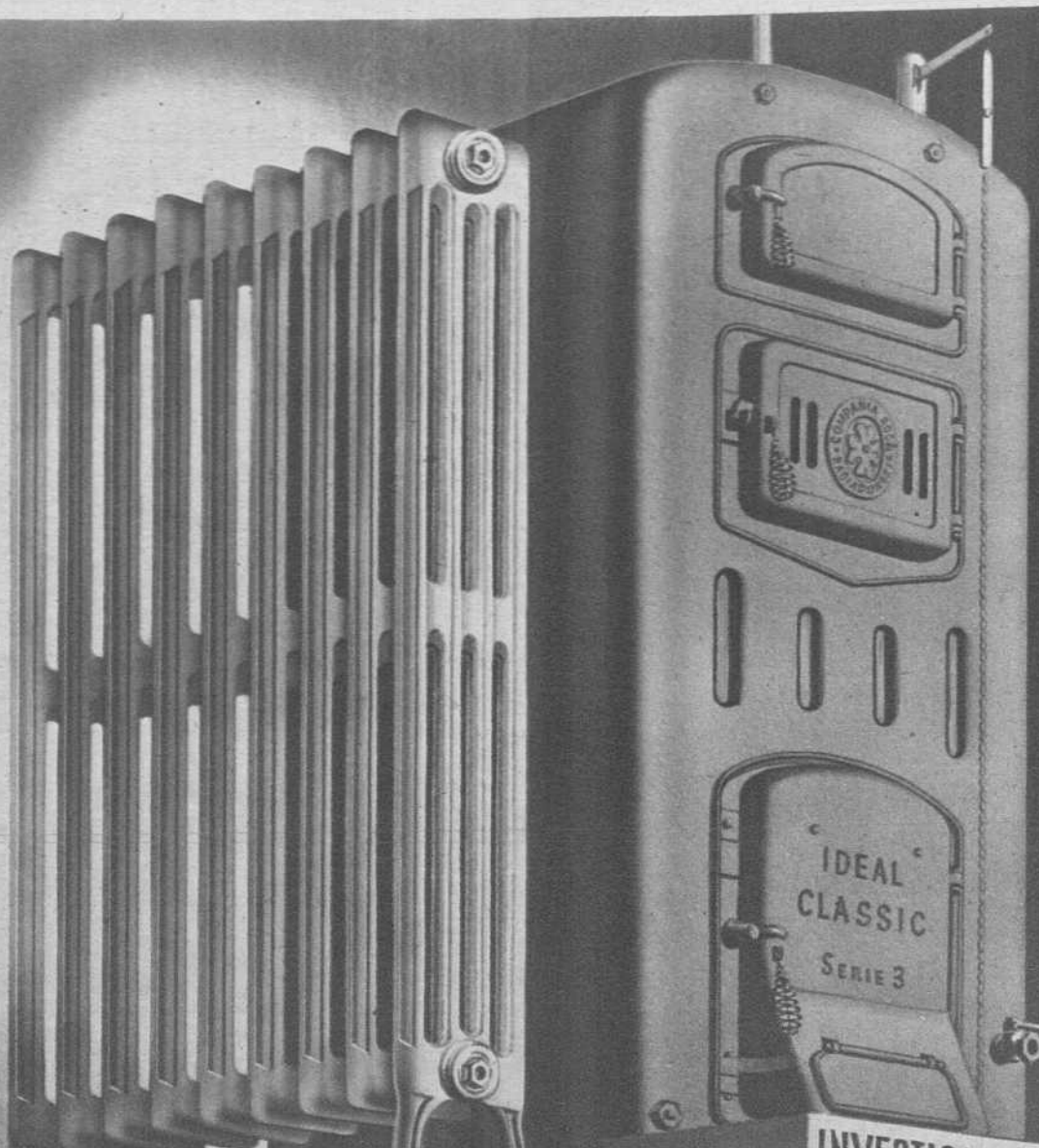
Toda España, y en especial la región catalano-aragonesa, ha sufrido hondo dolor con la catástrofe ocurrida, el último martes, en las proximidades de Velilla de Ebro. Más de cien víctimas atestiguan la magnitud del siniestro. Los expresos de Madrid y Barcelona chocaron con tal violencia, que máquinas y vagones quedaron en el desastroso estado que puede apreciarse en las fotografías que ofrecemos al lector. El auxilio a los heridos fué todo lo rápido posible. De Zaragoza y de Barcelona salieron, nada más conocerse la luctuosa noticia, trenes de socorro y equipos quirúrgicos.



Así quedó el coche correo del expreso 403 de Barcelona-Madrid, después del choque (Fot. Lozano)

Estado en que quedaron las máquinas de ambos trenes, las que, a pesar del violentísimo choque, sufrieron escasos destrozos (Fot. Cifra)

Los vagones inmediatos a las locomotoras quedaron totalmente deshechos, como se ve en la fotografía (Fot. Cifra)



LA SÓLIDA

BASE

INVESTIGACIÓN Y PERFECCIONAMIENTO CONSTANTES

TRABAJO Y UTILLAJE INSUPERABLES

COMPROBACIÓN Y MINUCIOSO CONTROL

SOBRE LA CUAL DESCANSA EL PRESTIGIO DE LA CALEFACCIÓN

IDEAL CLASSIC

Gratis

LE ENVIAREMOS EL NUEVO FOLLETO EN COLORES

CONFORT •

SI REMITE ESTE CUPÓN INDICANDO SU DIRECCIÓN

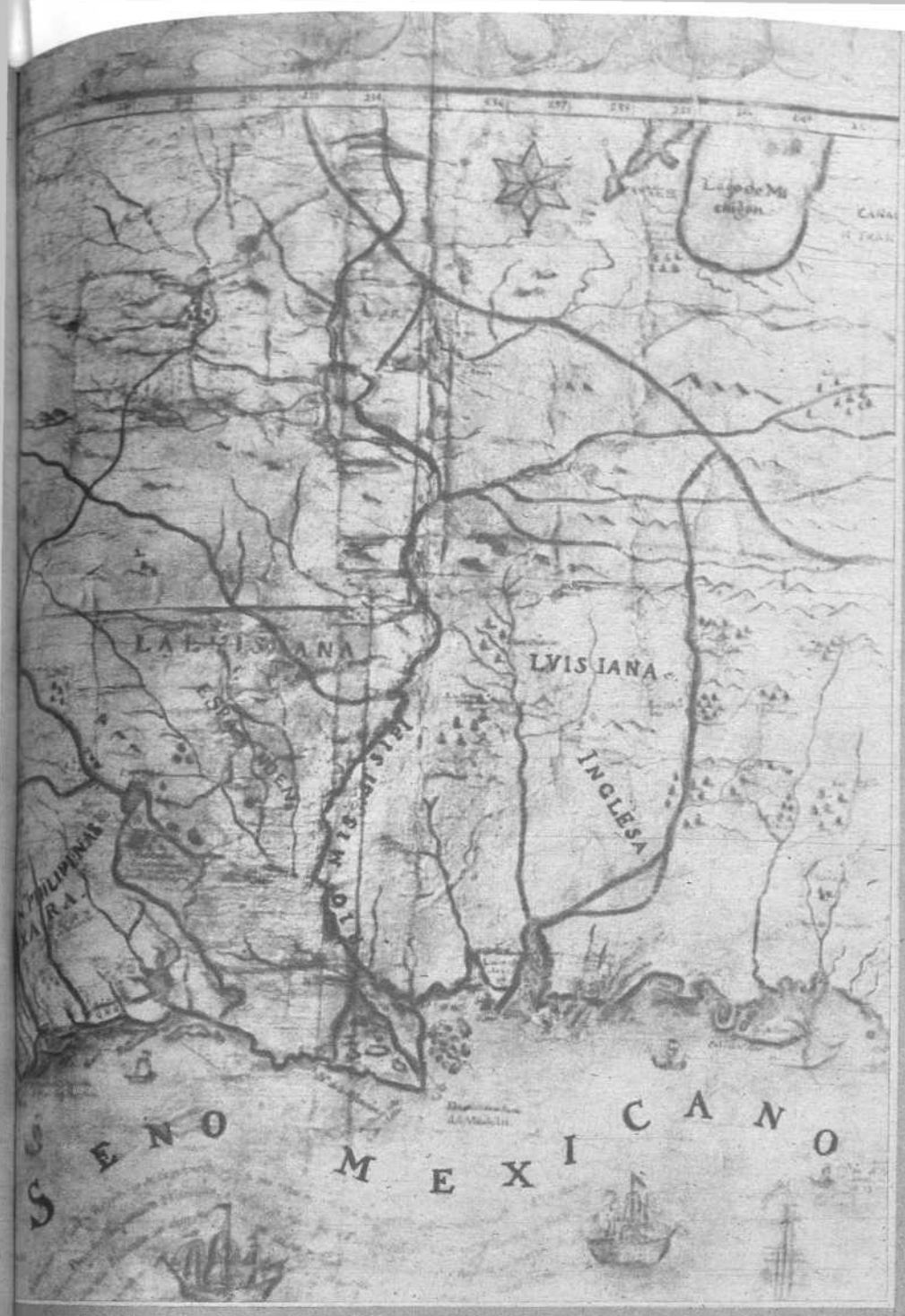
ES UN PRODUCTO DE LA

COMPAÑIA ROCA-RADIADORES

VISITE NUESTRAS SALAS DE EXPOSICIÓN EN

ALCALÁ, 63 · MADRID – Pº DE GRACIA, 28 · BARCELONA

O CONSULTE A SU INSTALADOR



Mapa del Misisipí, hecho en 1730 y existente en el Museo Naval de Madrid

Otro centenario hispanoamericano

Con un tronco horadado a punta de cuchillo, sobre las aguas del

MISISIPI

fué lanzado por sus camaradas el cadáver del capitán HERNANDO DE SOTO

FINALIZABA el año de 1540. En una de las orillas del Misisipí, unos cuantos hombres de armas que daban pruebas de extraordinaria emoción, hablaban con voz llena de tristeza.

—¡Qué gran capitán hemos perdido! — dijo uno de ellos.

—¡Se nos va el mejor de nuestros jefes y el más bueno de nuestros camaradas! — exclamó otro que añadió: — Desde Sevilla vine siguiéndole a conquistar el territorio más rico de todos los descubiertos hasta la fecha. Pasé con él toda clase de riesgos y de peligros. Acompañándole he sufrido vicisitudes sin cuento. Ahora recuerdo lo que nos aconteció en el Perú con un rey de aquel país a quien llamaban Atahualpa. Nuestro jefe, que fué uno de los que le apresaron, le acompañó muchos días en la prisión. Generoso y compasivo, estaba constantemente con el detenido, enseñándole nuestro idioma, hablándole de nuestras costumbres, dándole nociones de nuestra Religión santísima y adiestrándole finalmente en el juego del ajedrez. Emprendían grandes partidas. Yo acompañaba a nuestro capitán, como os he dicho. Fuí testigo de la amistad que había entre aquellos dos hombres nacidos para entenderse y quererse.

—Es que era tan bueno como valiente nuestro jefe — afirmó otro.

—A mí me salvó la vida — interrumpió un hombre de faz sombría.

—Me la ha salvado a mí tantas veces... — dijo el primero que habló — que recordarlo me parece completamente inútil. ¡Loor al nombre mil veces glorioso del gran Hernando de Soto, que estará presente siempre en nuestras almas! Recordémosle para seguir su alto y noble ejemplo y ser dignos de la herencia que nos deja.

Todos asintieron a estas palabras. Un clamor de unánime sentimiento estalló al final de ellas. Y sacando unos sus espadas y otros sus dagas, juraron sobre sus respectivos aceros ser fieles al recuerdo y a la memoria de aquel inolvidable capitán al que se disponían a dar una sepultura digna de su gloria.

¡Y qué sepultura! Ni los gigantes de la Mitología pudieron sospechar una semejante. Los héroes de «La Ilíada» hubieran querido para sus cuerpos muertos un río como aquel Misisipí de aguas espumosas, turbulentas y profundas que iban a recoger los restos mortales de uno de los capitanes más heroicos que tuvo el mundo.

Cuando Enrique Heine pedía para su corazón los hércules de la Catedral de Colonia y para que le sirvieran de ataúd los toneles más grandes que se pudieran hallar, desconocía u olvidaba la vida y la muerte de aquel Hernando de Soto, a cuyo cadáver querían dar tan solemne sepultura sus compañeros de armas, aventuras y desventuras.

Porque no todo había sido felicidad y bienaventuranza en la existencia de aquel hombre extraordinario y extremeño que, emulando a sus antecesores, había ido a buscar enel Nuevo Mundo un campo apropiado para su espíritu.

Caía la tarde. Las luces del crepúsculo — vagas, imprecisas, nostálgicas y románticas — envolvían a todos. El instinto de la muerte llenaba las almas de inquietud y de tristeza.

Por las curtidas mejillas de aquellos hombres de guerra corrían lágrimas de dolor.

Los más animosos daban ejemplo a los demás de fortaleza y energía. Arrancaron uno de los árboles más corpulentos de aquella inexplorada selva.

Con dagas, hachas y espadas se pusieron a horadarlo y siguiendo el ejemplo de los indios con quienes luchaban, formaron con aquel tronco una nave fantástica, dentro de la que colocaron el cadáver de su capitán: Hernando de Soto.

¡Qué momento aquél! Para describirlo haría falta una pluma como la de nuestros más grandes escritores; para relatarla, el propio Homero reconocería su incapacidad. Lloraban los hombres que se disponían a echar a las aguas el cadáver de aquel explorador y guerrero que de victoria en victoria había llegado a aquellas remotas riberas, después de haber recorrido gran parte de América conquistando territorios, dominando rebeldías, sofocando insumisiones y realizando, en suma, una labor que España le pagaba por medio de aquellos soldados fieles y leales que rendían a su cadáver los máximos honores a que puede aspirar un hombre de lucha.

Al fin llegó el momento de arrojar a las aguas aquel ataúd tosco y primitivo hecho presurosamente. Un silencio hondo y profundo hizo más solemne y patética la escena que se desarrollaba tan lejos de la Patria del afamado conquistador.

Uno de los religiosos que iban con los soldados rezó un breve responso. Después... Dulce y cuidadosamente echaron el ataúd a las aguas. Y luego se arrodillaron.

Y mientras el río, en su impetuosa corriente, se llevaba el cadáver de aquel capitán que fué uno de los más grandes de nuestra Historia, se oyó algo así como un lamento lanzado por centenares de voces que entre sollozos rezaban por el alma del que dejaban de aquella manera y había sido su conductor y guía en una de las expediciones más arriesgadas de aquellos días de eterno y ejemplar recuerdo.

Realizada la fúnebre ceremonia, todos emprendieron el regreso. No había quien se atreviera a hablar. Entregado cada uno a los tristes pensamientos que le abrumaban, iban todos lentamente. Ya había llegado la noche. Temblorosas y limpias estrellas brillaban en un cielo todo plata. Los luceros, más grandes que nunca, parecían tener más luz. Junto a ellos creyeron ver aquellos exploradores al gran Hernando de Soto, de cuya muerte va a cumplirse el cuarto centenario por estos días de señaladísimas conmemoraciones.

El cadáver de Hernando de Soto, arrastrado por las aguas del río, como dijimos, flotaba con rumbo al mar.

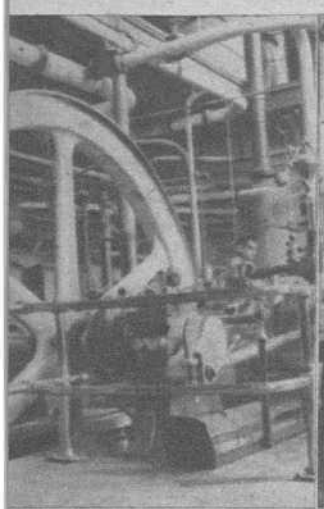
¿Qué mejor tumba para un hombre de su espíritu y su temple que un Océano? Un puñado de tierra era poco para él. Así lo reconocieron sus compañeros de armas cuando, aquel día terrible e inolvidable, decidieron buscarle una más grande que la que en principio le dieron. De este modo libraban a su capitán — a su heroico e invicto jefe — de probables profanaciones, y, al lanzarlo a uno de los ríos más caudalosos del mundo, lo hacían confiados en que sus aguas lo cubrirían con un inmenso y puro manto de perpetua gloria.

ALONSO DE MEDINA

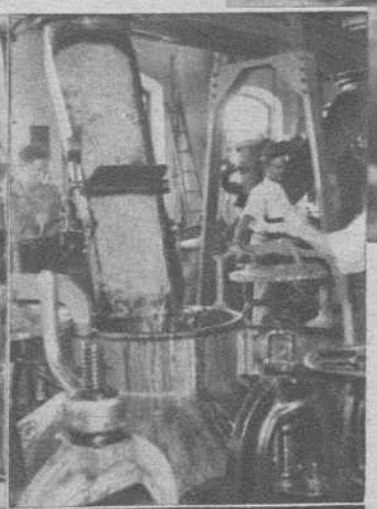
Unico retrato existente del capitán Hernando de Soto

LA BATALLA DEL AZUCAR

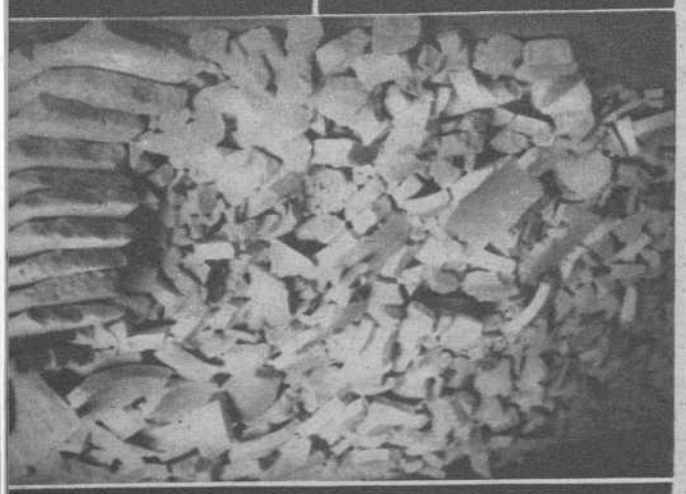
Cómo está planteada y cómo se ganará



Las máquinas preparadas para la producción de azucar

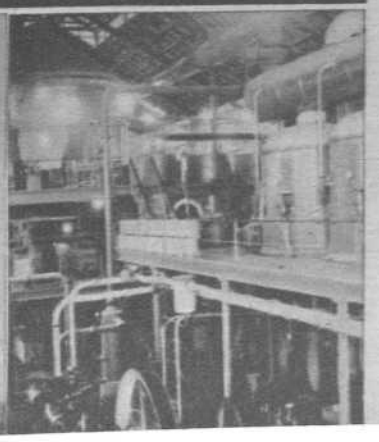


El fideo de la remolacha tal como sale de la primera molturación



El azucar, todavía en bruto, se almacena en grandes montones

Operación del escordado de la remolacha



Una gran fábrica de azucar en plena actividad

(Pots. Torres Molina)

Atentos a una consigna

Ha llegado la hora de que el azúcar, ese preciadísimo producto para nuestra vida, ocupe el primer plano de nuestra atención. Ha comenzado la campaña remolachera en España. Y ha comenzado estando atentos los cultivadores de este tubérculo a lo que sobre el mismo ordena el Gobierno de la nación. Ya se han dado las órdenes para que éstos entreguen sus cosechas a los respectivos centros que han de producir el azúcar.

La orden encierra un alto espíritu de equidad para todos los españoles. Hace falta, en bien del consumo nacional y de la escasez actual del artículo, que no se desperdicie ni una sola remolacha en otras atenciones. Y el Estado, en este caso, no como un manipulador de la riqueza particular de la nación con un sentido materialista, sino como un celoso del bienestar de todos, toma parte en la campaña remolachera para ver de que este bienestar sea para los más posibles.

La orden en la zona remolachera granadina

Estamos en Granada y frente a una vega espléndida, que es uno de los trozos de España más ricos en remolacha. Estamos en uno de los pueblos azucareros más importantes de la nación. De ello da idea el lugar que ocupa en la última campaña remolachera de España: la de 1934-1935. Esta tuvo una producción de 307,093 toneladas. En ella figura Rioja, Navarra y Aragón con 147,999 toneladas; Castilla y León, con 55,192; la región Centro, con 13,692, y Andalucía y la mayor parte de Granada, con 67,545 toneladas.

Teniendo presente esto, al remolachero granadino se le pide que coopere con decidido empeño en la nivelación del déficit actual de la producción azucarera y sus derivados. Además del azúcar, hay que obtener otros productos muy necesarios, como son alcoholes y melazas. La batalla así planteada pide a todos el sacrificio consiguiente.

La razón de esta ordenación

¿Cuál puede ser sino la alta de las exigencias nacionales? En España se necesitan 300.000 toneladas de azúcar para su consumo. Se llegó a producir en los doce años anteriores al Movimiento cantidad suficiente para el consumo nacional, y en el año 1936 había un exceso de producción. Hoy, por las circunstancias de la postguerra, existe el déficit. La cosecha de este año último representó sólo el 32 por ciento de la demanda. Fácil es comprender el desnivel que eso representa. Esto nos da idea también de la importancia que tiene poner todos nuestros estímulos para atenuarlo.

La fabricación de azúcar en España.—Rendimiento de producción

La fabricación del azúcar de remolacha data del siglo pasado en España. Tiene su origen en la pérdida de las colonias, de donde antiguamente se recibía.

El rendimiento de la remolacha nacional oscila entre el 11 y el 14 por 100, debido, en parte, a que el 85 al 90 por 100 se efectúa su cultivo en terrenos de regadío, lo que encarece además su precio de costo. De la región del Norte — Alava, Castilla, León, Asturias — donde se cultiva en terrenos de secano, su rendimiento industrial oscila entre el 13 y el 14 por 100; en el Centro, entre el 12 y el 13; en Rioja, Navarra y Aragón, entre el 12 y el 13, y en Andalucía, entre el 11 y el 12.

¿Cuáles han sido hasta ahora las razones de nuestro déficit productor? Fácilmente se pueden deducir: la competencia que le hizo a la remolacha otras plantas que han venido a ocupar los predios remolacheros en virtud a la insuficiencia de precios con que se pagaba este tubérculo.

Cómo se ganará la batalla

Hasta aquí, cómo está planteada la batalla del azúcar en España. Ahora, ¿cómo se ganará? Han empezado las primeras escaramuzas que han de conducir a la victoria. El Estado, como el primer beligerante en la cuestión, ha tomado las medidas de restricción y regularización del mercado, de distribución y de remuneración justa de precios para el agricultor remolachero que quiera colaborar en la reconstrucción de España.

Falta azúcar y hay que producir más remolacha, principal planta que la produce en España, ya que la caña dulce sólo da un 6 por 100 aproximadamente del consumo.

El mayor estimulador de esta necesidad es la demanda imperiosa de la Patria en sus horas de nuevo amanecer.

Consejo al buen labrador

Fué Granada siempre una de las primeras provincias productoras de azúcar de España, como es sabido.

De pocos años a esta parte bajó considerablemente la producción remolachera. ¿Por qué? Se decía que las ricas tierras de sus vegas no producían ya cosechas remuneradoras. Y no era así. La madre tierra aquella seguía siendo fecunda como siempre. Ahora, lo que sucedía era que una mala política de precios había alejado al labrador del cultivo de la remolacha, toda vez que encontraba otras plantas de más rendimiento económico y más fácil venta.

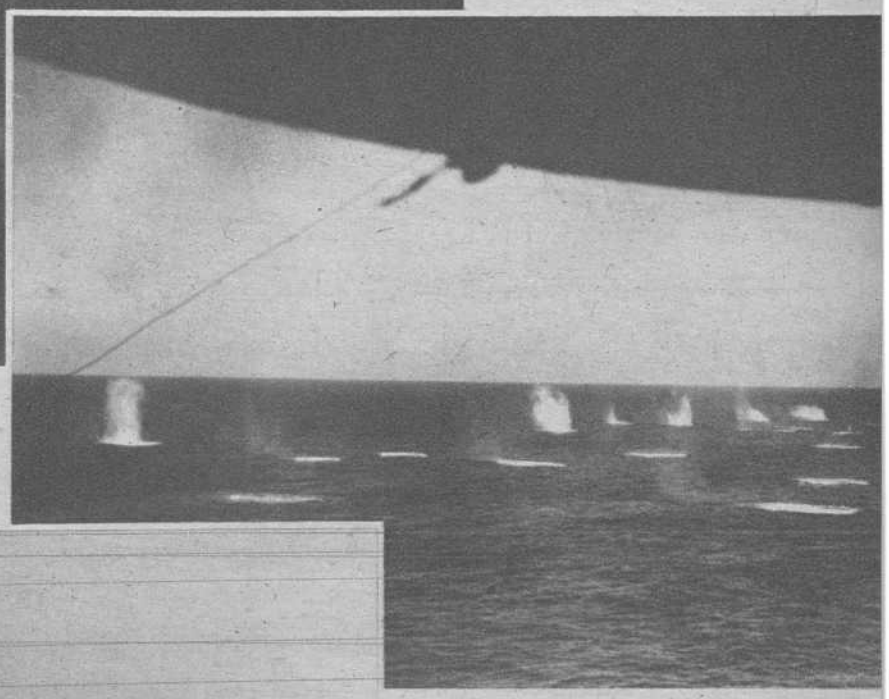
Pero hoy, bajo los auspicios de Franco, se le aconseja al buen labrador granadino que vuelva a su cultivo.

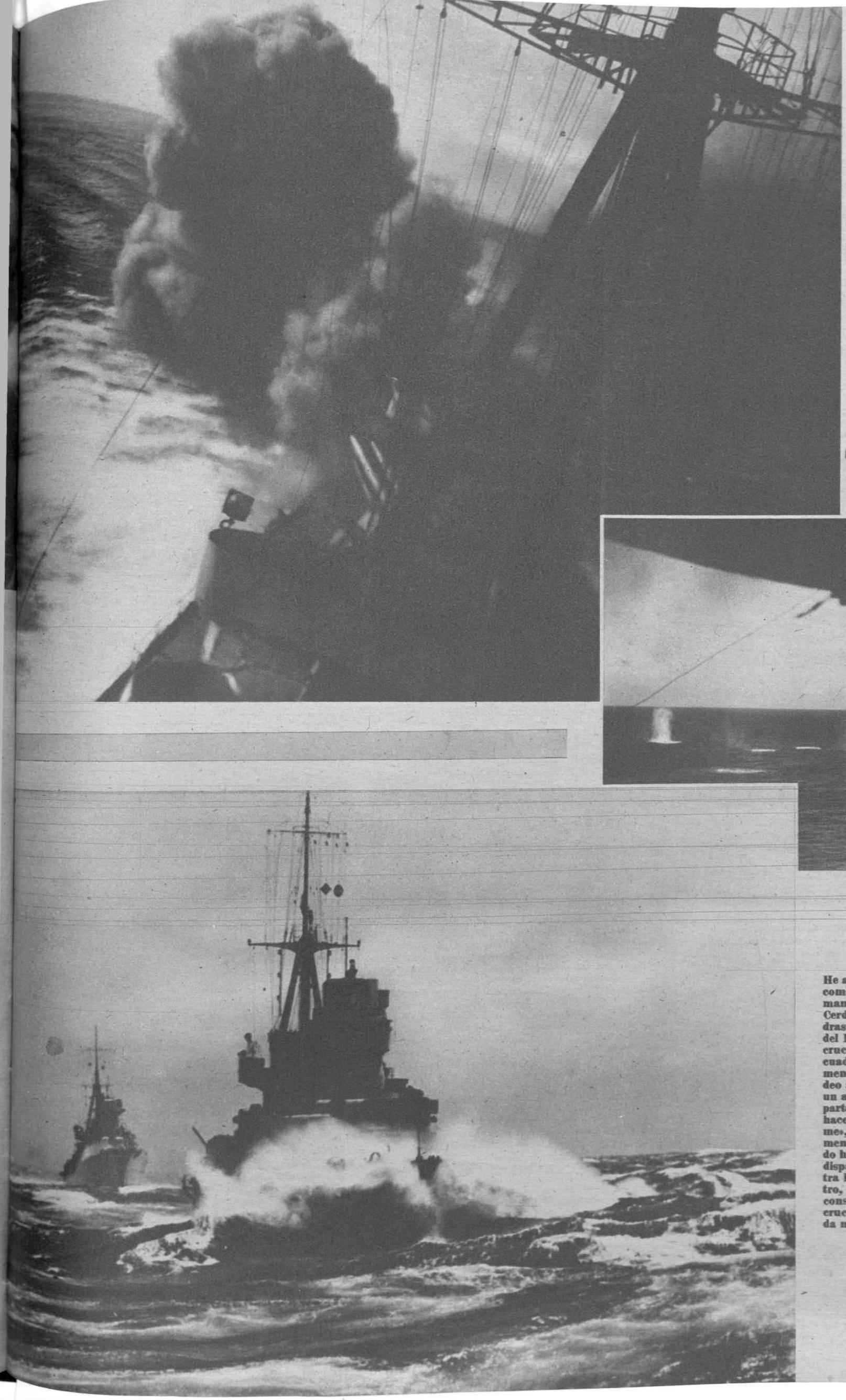
El supremo interés de la Patria se lo exige y su munificencia se lo compensa con creces. Este ha oído el consejo y se apresura a obedecer. Las vegas granadinas, dentro de poco, serán tan ricas en remolacha como antes, como en sus mejores tiempos. La batalla del azúcar se ganará también.

El labrador granadino, atento a la consigna, la ha empezado a cumplir con el mayor entusiasmo.

A DE J.

Batalla naval al Sur de Cerdeña





He aquí las primeras fotografías del combate naval que a fines de la semana anterior se entabló al Sur de Cerdeña entre unidades de las escuadras italiana y británica. Los barcos del Duce atacaron y averiaron a dos cruceros, y más tarde, cuando la escuadra inglesa se alejaba rápidamente, las escuadrillas de bombardeo alcanzaron a un portaaviones, un acorazado y un crucero. Por la parte italiana, un proyectil cayó, sin hacer explosión, en el crucero «Fiume», y un contratorpedero, gravemente tocado, hubo de ser remolcado hasta su base. Vemos, arriba, los disparos de una unidad italiana contra la formación enemiga; en el centro, los proyectiles ingleses que no consiguen hacer blanco, y abajo, los cruceros italianos maniobrando a toda marcha para hacer frente a la escuadra inglesa

(Fots. Luce)

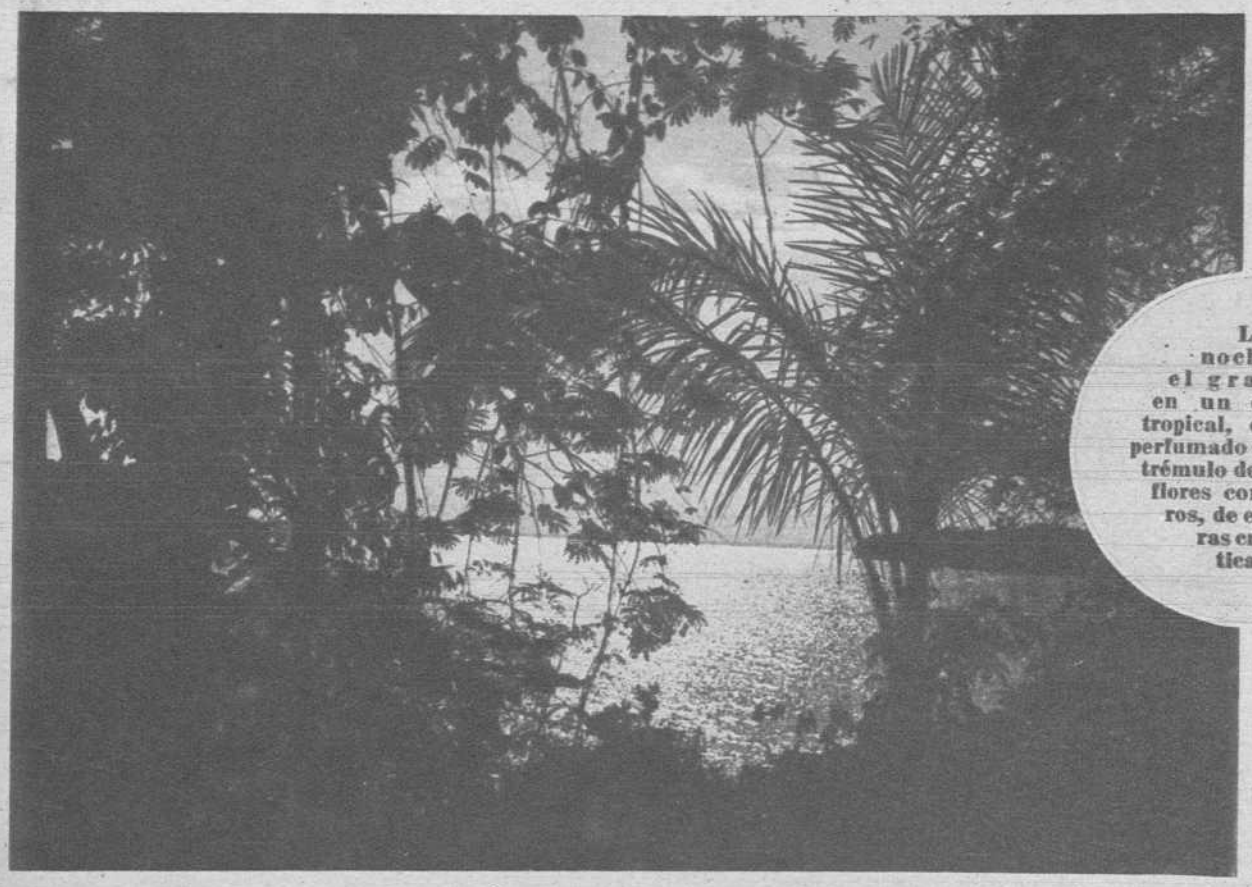
IMPRESIONES DE UN VIAJE Y MISION POR LA AMERICA DEL SUR

El 15 de septiembre de 1937 salíamos, por orden del Caudillo, rumbo a la América hispana, los componentes de la misión de cultura y esclarecimiento — horror a la triste, fea y comercial palabra «propaganda» — que enviaba allende los mares el Estado Nacional español.

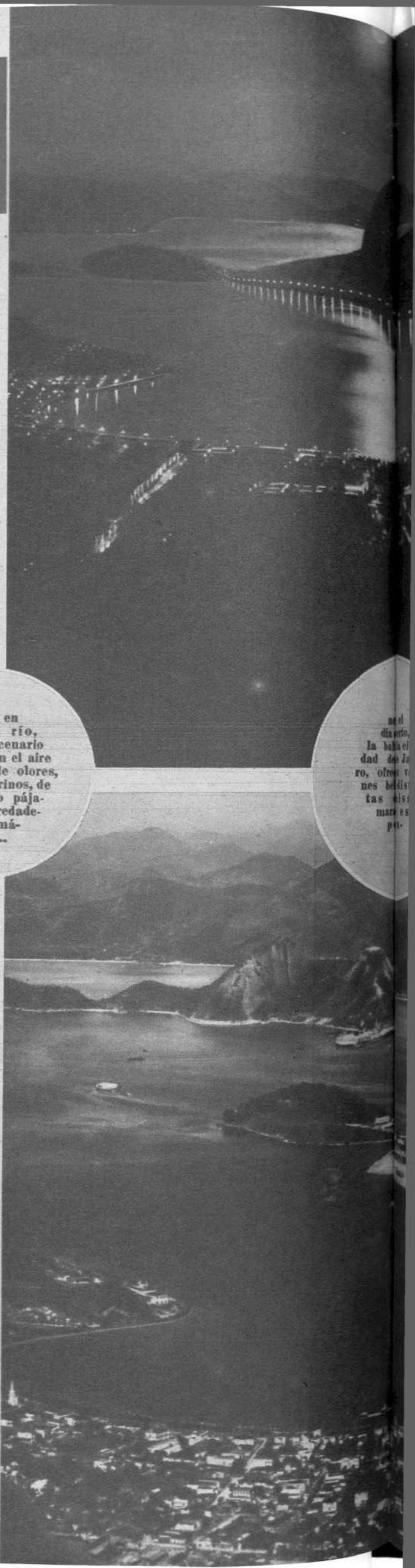
Fué en el puerto de Lisboa y a hora del amanecer. Olía a redes, a diarios matinales con tinta fresca, a lecheras que llegaban de Bemfica, a salvios, a varinas. Ultimos telegramas de *O Seculo*.

Ficaba a fresca serra de Sintra e nela os ollos se alongaban.

Quizá era excesivo rememorar las estrofas de Camoens a la partida de Vasco da Gama en busca del paso del Sur y el mar de la India. Pero lo nuestro tenía también algo de aventura. Allí nos esperaba un continente *en otra época* histórica, todavía creyente en mitos definitivamente superados en Europa: la legalidad, la paz perpetua, la dicha. Por otra parte el adversario — y con él las grandes agencias telegráfi-



La noche en el gran río, en un escenario tropical, con el aire perfumado de olores, trémulo de trinos, de flores como pájaros, de enredaderas cromáticas...



cas del mundo — nos precediera, turbando el aire con equívocos y calumnias. Luego, el continente colombino lleva ciento veinte años de superstición y error. Superstición por la ideología francesa, por los postulados del 89, beatería laica del lema triple, a mayor gloria de París. Y error de considerar, con modestia equivocada, que los países de América nacieron con la desmembración del Imperio, es decir, que tienen sólo un siglo de Historia, cuando la orgullosa e hidalga realidad es que tienen cuatro siglos, porque nacieron con la colonización, por la genesíaca fuerza creadora de aquellos extremados extremeños.

Con hilos de estos pensamientos, o más exactamente sospechas, tejemos nuestros diálogos los misioneros en el largo tedio del barco. José Ibáñez Martín — actual ministro de Educación Nacional —, el Padre Peiró, el historiador Vals Taberner, Gonzalo Valenti y yo. En el largo tedio. Pues los primeros días de una navegación son siempre singladuras espirituales en el vacío. Entre la primera mañana, en que ya se ha escudriñado el barco y aprendido el silabario de las cubiertas, y la primera conversación con los demás viajeros que el azar arroja a una convivencia ineludible, las horas se tienden inacabables y monótonas, iguales a sí mismas como las olas del mar.

¿Y en dónde concluye Europa? ¿En dónde comienza América? Ya el barco mismo nos persuade de la inanidad de estos conceptos. Son términos físicos, meramente geográficos, a los que no corresponde ningún sentido espiritual. El navío es inglés y el pasaje de a bordo se compone de una mayoría británica y de una minoría uruguaya-argentina. Dos orbes sentimentales, dos planetas lejanos y diferentes.

Los británicos viven, como en tiempos de la reina Victoria, su «espléndido aislamiento».

Se entretienen en deportes demasiado tontos e indefantiles para nuestro gusto; toman ritualmente el té a las cuatro; dudan, con horribles dramas de conciencia, entre las dos o las tres piedras de azúcar, aunque saben muy bien que son dos y no tres las que toman siempre; y se azoran, pudibundos y bermejos, si se olvidan la cucharilla dentro de la taza, como si de eso dependiese la marcha cósmica y la armonía kepleriana de las esferas.

A los componentes de la misión nos miran con su más refinado e insolente desprecio, es decir, no mirándonos, ignorando con sus ojos azules nuestra quíntuple presencia. Es su gesto habitual, su clásica impertinencia ante el extranjero. Pero Inglaterra y España, que en tantas cosas se distinguen, se asemejan en esto: que los dos son pueblos orgullosos. Orgullo el suyo inhumano, o lo que es igual, filántropico. Orgullo el nuestro, humanísimo, o lo que es igual, caritativo. Un español es siempre una dignidad profunda y fácilmente herida. Les respondemos, pues, con aquella soberbia que ya Gracián daba como cifra ardiente de la raza. Y entonces acontece esto: que la Geografía desaparece ante la psicología, o sea, ante la Historia. Los yanquis del pasaje se unen a los ingleses, buscan su arrimo, con la fidelidad de la ternera a la vaca. Y los uruguayos y argentinos intiman en un segundo con nosotros. Un púlpito unánime de la sangre vibra por encima de las palabras y los silencios. Nos sentimos de la misma familia, de una prócer y anchurosa estirpe. Todo esto, impalpable, en leves e ingrávidos matices de miradas y alfabeto de ojos, ocurrió en la semana en que, como sobre una hamaca, de orilla a orilla, se tiende el aire, sesteante, sobre el enorme azul.

Noches sin horas, intactas, agujereadas tan sólo por unas estrellas que se agrandan y engordan hacia el Ecuador. Estrellas de dieciocho quilates. Esto es el Amazonas. Esto, las minas pombalianas con el quinto del rey y el lujo barroco de Don Joao V. Esto es, el Brasil.

• •

Una isla poblada de soledad y pena. Luego, un mundo de sin pena, aunque con soledad. Se dibuja la costa brasileira, recortada como en el mapa-mundi. Ese vientre fecundo, de curva paridora, que los portugueses conocían muy bien antes de las primeras negociaciones que encontraron grandioso remate en Tordesillas. Indudablemente, Cabral conocía estas costas desde un viaje anterior. No fué ese, en rigor, un descubrimiento, sino un redescubrimiento. Se le dió entonces trompetería, voz y estado oficial a una realidad de la que estaban perfectamente enterados en Lisboa. Toda la expansión lusitana, que se suele describir como hazaña romántica e impulsiva, es un modelo de política tenaz, calculada, callada, sigilosa.—

EL BRASIL ENORME Y DELICADO

Por EUGENIO MONTES, de la Real Academia Española

Tordesillas —alta torre, río hondo—, marca tal vez, con su meridiano imperial, el momento supremo de la dual hegemonía ibérica. En tierra de campos se divide el orbe para las dos naciones peninsulares. El dedo del Papa traza el meridiano divisor. Ante la cátedra de San Pedro se engrandece, humillándose, el ibérico empaque.

Esta costa brasílica avanza ante los ojos como en el planisferio. Aquí adquiere corporeidad y evidencia la teoría geofísica de Alfredo Wegener. Ya sabéis: que los continentes son como enormes témpanos nadadores, flotantes, a la deriva, y que aquella Atlántida, cuyo eco nos llega desde la antigüedad egipcia resonando en la ilustre memoria de Platón, no se ha hundido nunca, sino fragmentado, y llevada luego por los alisios hasta esos paralelos y meridianos que nos invitan a desembarcar. En ese caso la Atlántida sería América, cuyas líneas convexas coinciden y se ajustan con la concavidad africana y la suave curva del occidente europeo. Por tanto, para un gallego, hombre de Finisterris, ir a América sería regresar a su primer paisaje original, a su paraíso perdido. Seductora tesis, con un mórbido encanto rusoniano, y soñados reflejos, dieciochesco, de la edad de oro, del Pablo y Virginia y la equívoca señorita Manon Lescaut.

Yo —la verdad sea dicha— no siento en mi carne la emoción del retorno, sino la de la sorpresa, ni experimento esa sensación que Bergson llama la de «lo ya vivido». Por el contrario, todo me habla en un idioma insólito, extraordinario, de excesiva y absoluta novedad.

Me habla, me canta, me casi encanta, me chilla y me aturde al fin. Siento, con una intensidad desconocida, una imposibilidad de ensimismamiento que se resuelve en alteración. Los verdes vegetales tienen una sonoridad de cobres, de timbales, y de las cosas tiran como cordeles de mis ojos dóciles, ya vencidos, entregados al mundo exterior. El sol ensordece el ámbito de claridades orquestales. Es el revés del verso de San Juan de la Cruz:

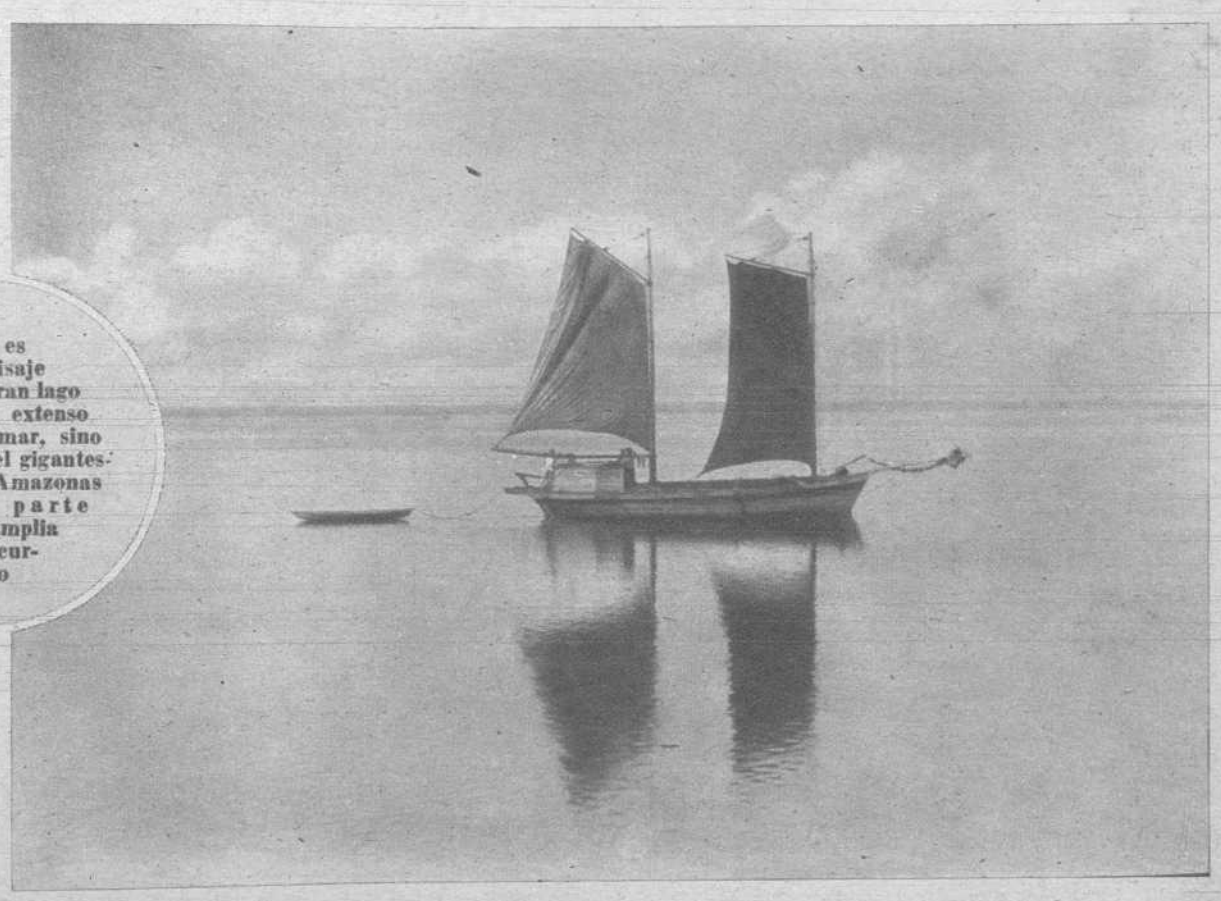
Colgué de los verdes sauces
la música que traía.

Aquí, de esa floresta infinita que incendia el sol de Olinda, se descuelga una música resonante, bajo cuya bóveda de contrapunto y síncopes rítmicos, marcados, se enardece, hipnótica, y luego se adormece toda intimidad. Dudo mucho que en estos paisajes surja nunca una mística adentrada y estática. Aunque, ¿quién sabe? El agotamiento de los sentidos lleva, por caminos de cansancio y hastío, al sentido, y el día siguiente a la fiesta y al gozo se llama melancolía. Por otra parte, en una atmósfera vegetal semejante, en un aire húmedo, cálido, esponjoso, donde todo alude a sensuales abrazos de lianas, a democracia orgánica, a confusión y sopores, en la India, se ha logrado, ya en tiempos remotos, una cultura mística y metafísica, de abrasada y huesuda vida interior. Morfológicamente, la futura cultura brasileña, si un día alcanzà profundidad meditativa, debe ser del tipo hindú. Pero la Historia tiene tanto de albedrío como de sino y en su última génesis es siempre imprevisible.

Una cultura filosófica, con plenitud de razón, está todavía lejana y en agraz, en estas latitudes. Pero en cambio se advierte, a flor de piel, una extraña, compleja y exquisita cultura de la sensibilidad.

Sentimental, sensible, sensitivo, es, como en el endecasílabo rubeniano, el ser de los trópicos. Y quizá más que el de linaje español, éste de linaje lusitano. Sin duda se unen a ciertos datos de raíces misteriosas, climáticos, los de la herencia portuguesa, madre de Amadisis, Dianas y Marianas alcoforados.

«Tengo los ojos niños y portuguesa el alma», decía nuestro Lope. La frase puede caracterizar, con profética exactitud, al brasileño.



No es el paisaje de un gran lago o de un extenso brazo de mar, sino una vista del gigantesco río Amazonas en la parte más amplia de su curso

¿Por qué, en estas calles casi fosforescentes de Olinda, en las barrocas capillas bracarenses de Pernambuco, y en este aire trémulo de olores, perfumado de trinos, de enredaderas cromáticas, de flores como pájaros, de aves como rosas, y exaltado de azules, por qué la sombra de Lope de Vega me sigue y me persigue como un can?

Al fin caigo en la cuenta. Es porque mi primera imagen de estas tierras y estos mares, anticipándose a la visión física de ahora, la tuve, en años de adolescencia escolar, leyendo al gran dramático de nuestros grandes tiempos. Como una mariposa se levantó ante mis ojos desde las blancas páginas de la edición de la Academia, leyendo «El Brasil restituído».

Compuso Lope esa obra cuando la Armada hispanoportuguesa, en el tiempo de la dual monarquía ibérica-filipense, amaneció en la rada de Pernambuco a darle batalla a los intrusos holandeses.

El coraje de aquella jornada salvó la historia del Brasil. Debe ser esa una de las más antiguas visiones augurales del Brasil en la literatura europea. Al cabo de tres siglos la hermosura del verso sigue intacta y el frescor del símbolo tiene un rocío matinal, de aurora. Se lo ofrezco a mis amigos brasileños para que sea en ellos estímulo de fidelidad a su magnífico destino. País de inmensas posibilidades, está, por eso mismo, expuesto a muchas y sutiles asechanzas. Recuerdo aquel verso de Verlaine sobre la Edad Media. A semejanza suya yo adjetivo al Brasil: enorme y delicado.

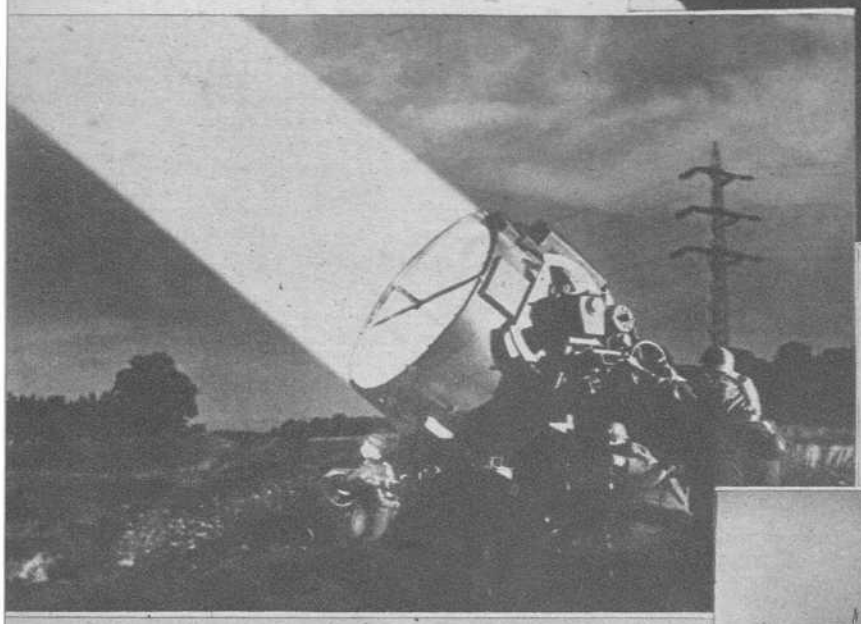
En su alma y su futuro. Sus paralelos tentadores son sirenas de emigraciones promiscuas. Que sepan, bajo la anchura de su generosidad, conservar incólume el ser y la esencia histórica. Y que si en algún momento algo se pierde, saque de su entraña el bello grito lopesco: «Brasil, restituído».

ALARMA EN LA NOCHE

AVIONES INGLESES SOBRE ALEMANIA

MOMENTOS DE LA DEFENSA ANTIAEREA

Durante el día, este cañón antiaéreo ha permanecido oculto bajo el camuflaje. Al anochecer alza de nuevo su boca amenazadora ↓

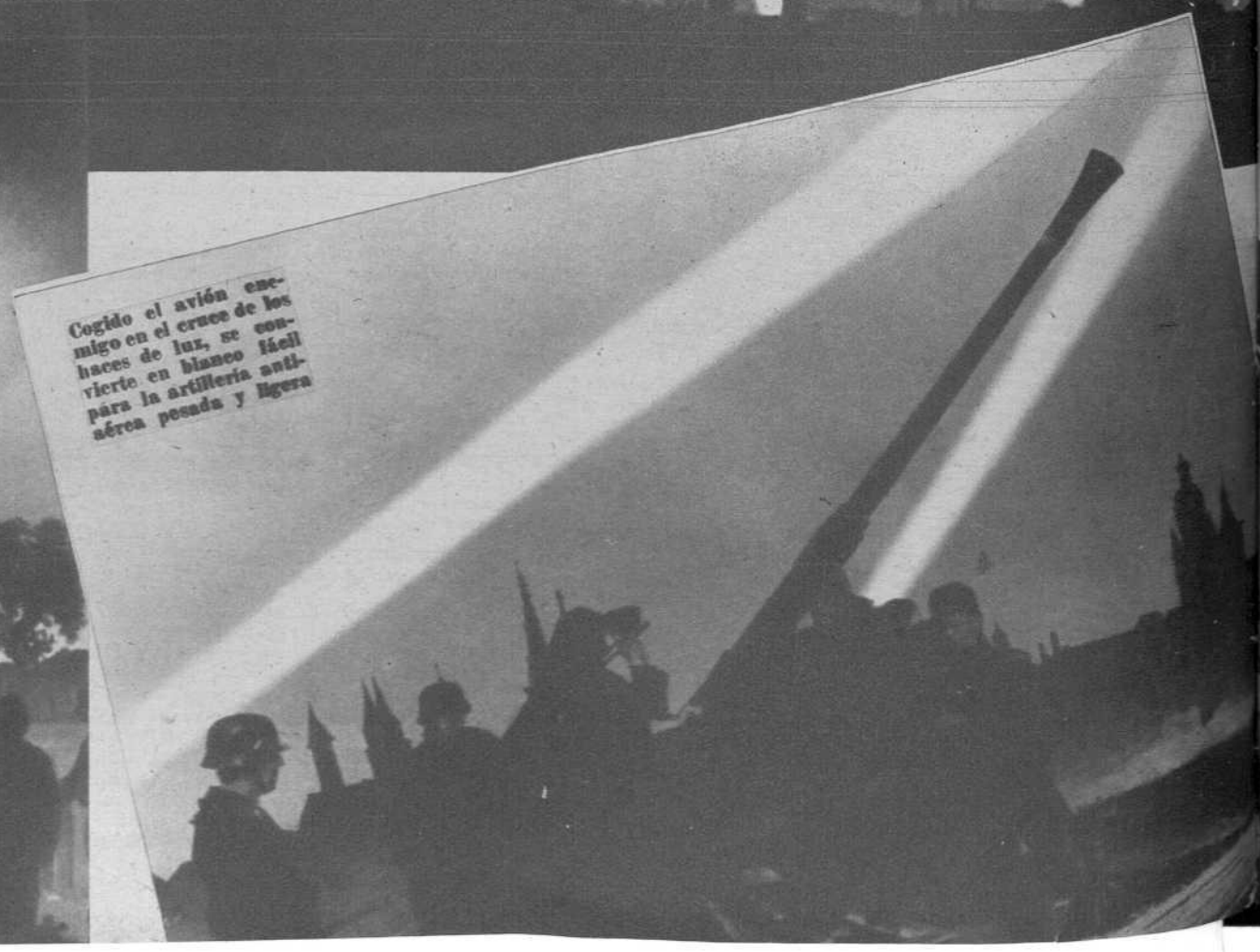


↑ Mucho antes de que la vista y el oído del hombre puedan percibir la presencia de los aviones enemigos, los captadores de sonido gigantes transmiten a los puestos de mando la voz de alarma

Los reflectores rasgan la noche y entran en acción, buscando en el cielo los aviones enemigos

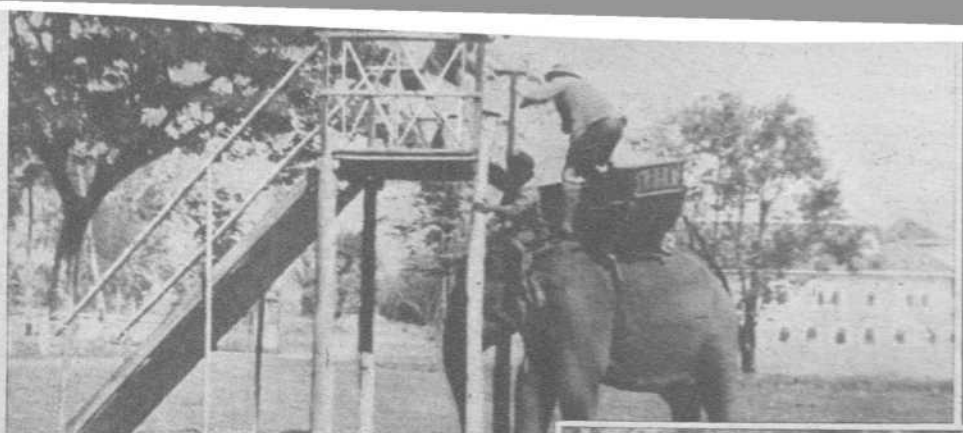
Como si obedeciesen a un juego mágico, los haces de luz se dirigen hacia el cielo perforando las tinieblas y fijando la posición de los aparatos del adversario

Un antiaéreo del 8'5 siembra su metralla en el espacio. En la fotografía puede apreciarse la «bolsa de fuego» producida por la salida del proyectil



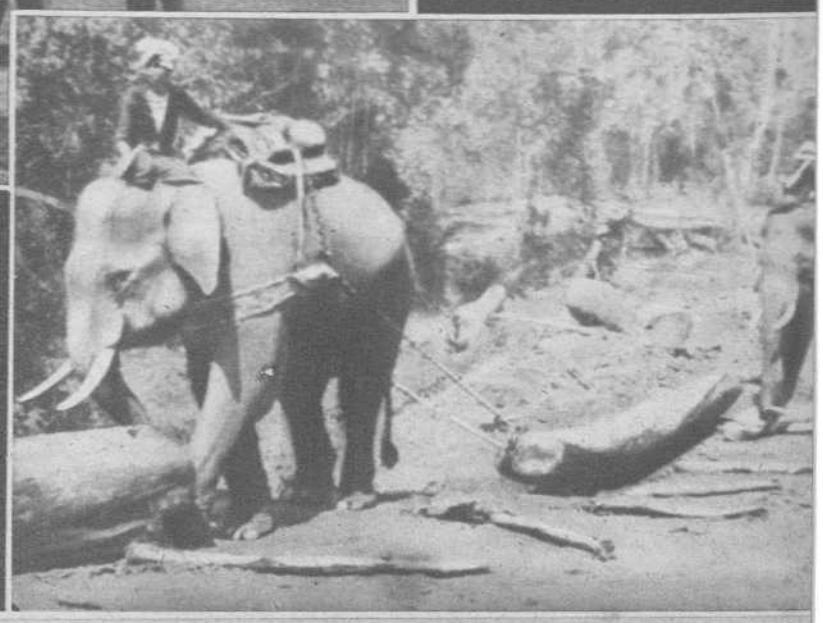
Cogido el avión enemigo en el cruce de los haces de luz, se convierte en blanco fácil para la artillería antiaérea pesada y ligera

El mitológico ELEFANTE el mejor tractor de sangre de la INDIA

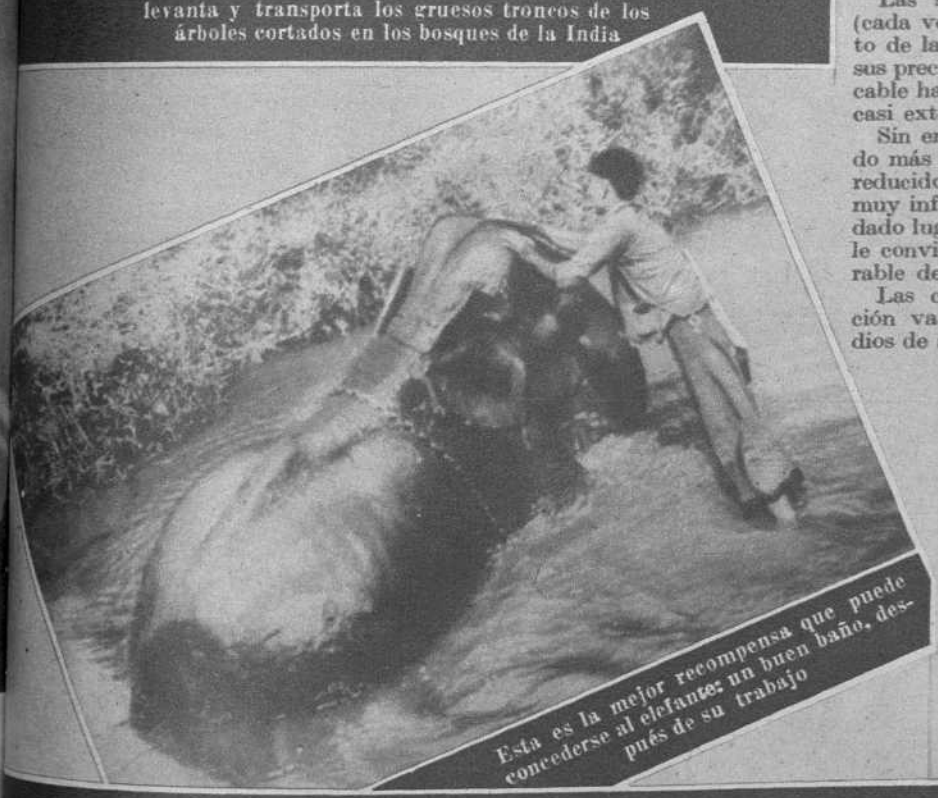


←Los nativos emplean para subir a lomos del elefante el conducto natural de la trompa; pero para los extranjeros que no están familiarizados con el procedimiento, se ha ideado esta pequeña construcción, a fin de que puedan subir y bajar del paquidermo, sin dificultad... y sin riesgo para sus huesos

Los camiones no podrían atravesar los caminos salvajes de las regiones madereras asiáticas. Los elefantes sustituyen aquí, con ventaja, a los medios mecánicos, y gracias a su colaboración son posibles las grandes obras que se realizan en espesísimos bosques, por donde poco a poco va entrando la civilización →



Con la misma precisión que una grúa, el elefante levanta y transporta los gruesos troncos de los árboles cortados en los bosques de la India



Esta es la mejor recompensa que puede concederse al elefante: un buen baño, después de su trabajo

El elefante africano va desapareciendo. El hombre, llevado de su incontenible sed de oro, no ha visto en el elefante más que marfil,

Las selvas africanas fueron, son y serán (cada vez en menor escala) escenario sangriento de la persecución del elefante, para obtener sus preciados colmillos. Esta persecución implacable ha traído una inmediata consecuencia: la casi extinción de la raza.

Sin embargo, el elefante de la India ha tenido más suerte que su hermano de Africa. Más reducido de volumen y provisto de colmillos muy inferiores, es menos perseguido, lo que ha dado lugar a encontrar en él otras ventajas que le convierten en auxiliar y compañero inseparable del hombre.

Las ciudades modernas, donde la civilización va proporcionando cada día nuevos medios de ayuda en el trabajo que ha de realizar el hombre cotidianamente, fabrica el tractor como instrumento de fuerza que ha de ayudarle al transporte de pesadas unidades. El tractor de la India es el elefante. Sin él serían imposible las grandes obras que se realizan en espesísimos bosques que por necesidades de comunicación han de verse convertidos en carreteras y caminos, ni la conversión en terreno fructífero de aquellas extensiones cuajadas de arbolado.

Este tractor de sangre, el elefante, es tenaz y dócil en extremo y además está provisto de rara habilidad y extraordinaria fuerza.

No olvida jamás. Una paliza dada a un elefante le sirve de eterno recuerdo. Mas como no es vengativo, nada hay que temer desagradable, a no ser una puerilidad, tal como negarse a realizar un trabajo o descargar su trompa llena de agua sobre quien le infirió la ofensa. Este ingenuo proceder, que ha sido motivo siempre de hilaridad en las gentes, demuestra claramente la bondad de este animal tan grande, el mayor de la Naturaleza, que podría triturar sin el menor esfuerzo a quien se propusiera.

En compensación a sus buenos servicios, el elefante de la India no se ve constantemente perseguido y, además, recibe buen trato y se le permite descansar como merece su buen comportamiento.

De todos es sabido la veneración que la India siente por los elefantes. Este proceder es obligado, puesto que es el mejor compañero del hombre, que sabe soportar como él una temperatura sofocante, ayudándole en su trabajo.

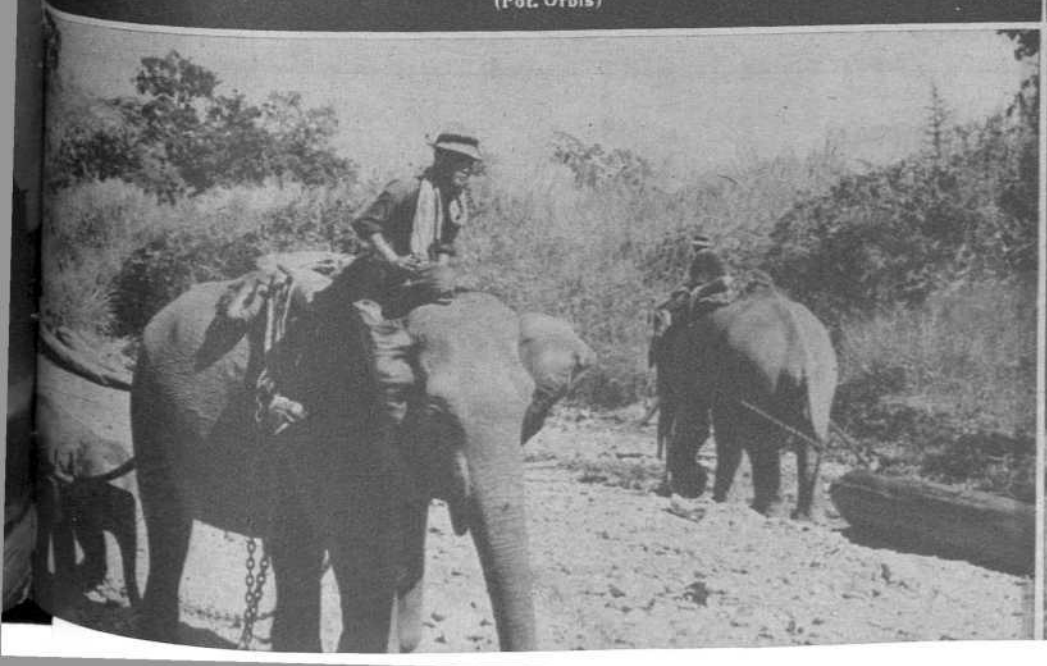
En la Mitología india, ocho elefantes sujetan el Horizonte y el Universo. Tal es el concepto que les merece sus inapreciables servicios.

Por su inteligencia es el símbolo de la sabiduría, por su bondad, el de la caridad.

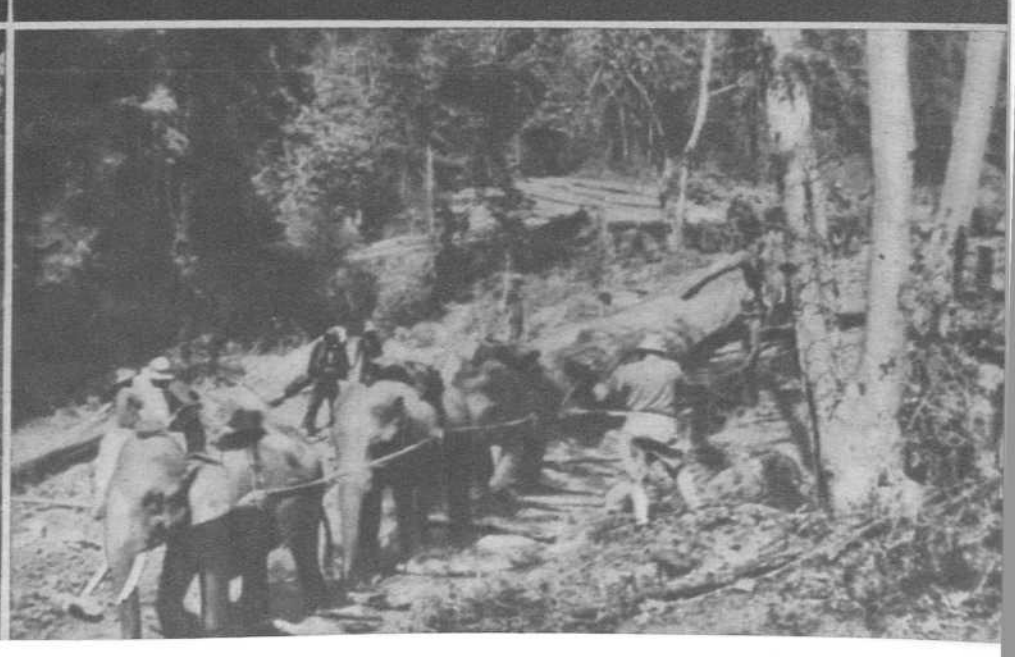
El dios de los Ganesha es el protector del Arte y de la Ciencia. Como prueba de su vivacidad de ingenio es representado con cuerpo de rata.

La India, con su tractor de sangre, nada tiene que envidiar a las pesadas y costosas máquinas que los hombres de otros países emplean para ayudarse en sus rudos quehaceres.

El hijo acompaña a la madre durante la diaria jornada de labor, en la que el animal se convierte en tractor de sangre, provisto de rara habilidad y extraordinaria fuerza ↓
(Pot. Orbis)



«La unión hace la fuerza». Si un elefante solo no es suficiente, se reúnen tres para transportar los árboles gigantescos que crecen en las selvas indias ↓
(Fots. Suwa)



Fotogramas

PALACIO de la MUSICA

GRAN EXITO

EL RETORNO DE PIMPINELA ESCARLATA

JUCA-FILM - Organización FILMÓFONO

Basada en la célebre novela de la Baronesa de Orczy, del mismo título

Paquito «el Botones», extraordinario artista, que actúa en los festivales infantiles que todos los domingos en el Monumental Cinema presenta el popular locutor Bobby Deglané

(Fot. Arecli)

BALET y BLAY

CAPITOL

Metro-Goldwyn-Mayer

CINEDIA

no es parodia...
no es drama...
no es opereta...
es ¡buen cine!

JULIETA y ROMEO

comedia antirromántica, basada en la obra de D. José Mª Pemán

CINEMA BILBAO

DESDE EL LUNES
Sensacional primer reestreno de

ABUSO DE CONFIANZA

Por DANIELLE DARRIEUX

Dialogada en español

ES UN FILM HONDO, HUMANO Y REAL
(Oro film-Organización Filmófono

Hoy y mañana, últimos días de

ORA PONCIANO

GRAN EXITO

← Una graciosa escena de la magna producción Nacional de Cinedía «Julieta y Romeo», que, con éxito extraordinario, se proyecta en el Cine Capitol, distribuída por Balet y Blay

Una patética escena de «El retorno de Pimpinela» Escarlata», formidable superproducción que se proyecta en el Palacio de la Música

PUBLICITAS

LA SUAVE BELLEZA

de un rostro nacarado, es el encanto mayor de una mujer; puede usted conseguirlo con

VISNÚ

PRODUCTO de la PERFUMERIA NACIONAL, SUPERIOR a TODO SIMILAR EXTRANJERO

EN TONOS: BLANCO, RACHEL, ROSADO, MORENO, BRONCEADO, OCRE Y NATURAL

Mañana, domingo

SI VA USTED AL FUTBOL...

Me las prometía muy felices esta semana y la suspensión del partido internacional me vuelve a poner en el «disparadero» de opinar.

—¿Y la importancia que usted se da presumiendo de «fakir de rectángulo»?

—Que no me compensa de los disgustos que me causan mis predicciones sibilísticas.

—Para eso es usted el «hincha que todo lo sabe».

—Déjese de bromas, que en cuestión de fútbol ni el más entendido sabe una palabra.

—Bueno, al «toro, que es una mona». ¿Qué va a pasar en Chamartín?

—Hombre, ya creo que mañana será hora de que el Madrid sea el Madrid y que al fin, después de dos partidos adversos, salga triunfador en éste contra el Valencia.

—¡Cuidado con los de Mestalla!

—De acuerdo. Es un enemigo de consideración, peligroso y rápido; pero los de casa destaparán el «tarro de la sabiduría» para llevarse estos dos puntos que les hacen mucha falta y poder mirar la segunda vuelta con relativa tranquilidad.

—¿Y en Bilbao?

—En San Mamés, camarada, habrá un buen partido. El Barcelona, recuperado, y en sus filas sus nuevos valores, darán qué hacer a los rojiblancos. Pero a pesar de la dura batalla, preveo, y más aun después del 1-0 de Sevilla, un triunfo de los «cachorros», que ya están ganándose la categoría de «leones».

—¿Y en Murcia?

—Cualquiera pronostica con los caballeros de La Condomina. Hasta ahora es el equipo más irregular de la Liga. Dos jornadas magníficas y a la tercera el «batacazo»; un partido fácil y lo pierden, un encuentro difícil y se lo llevan o lo empatan. Los amos del equilibrio inestable.

—¿Y mañana?

—Si me pone usted en el aprieto de tener que decir algo definitivo, le diré que pueden ganar, deberían ganar frente al Zaragoza. Pero, ¡ah! No olvide usted esto de la incongruencia murciana.

—¿Entonces?

—A pesar de todo me inclino por la victoria local.

—Vamos a Balaidos.

—Donde hay muchos kilómetros desde Alicante. Y como a Vigo tienen que ir los alicantinos del Hércules, no sé por qué me da el olfato de que van a llegar muy cansados.

—Y es natural; lo lógico es que, cansados los forasteros, pierdan el encuentro.

—Perspicacia se llama a esa figura.

—Y ahora a Buenavista.

—A cuyo rectángulo saltará el Athletic-Aviación con fervientes y justificados deseos de llevarse los dos puntos.

—¿Y usted cree que se los llevarán?

—Por lo menos uno es muy posible.

—Pues ya no le queda más que decirme lo que ocurrirá en Sarriá.

—Pues ocurrirá que allí los catalanes van a presenciar un gran encuentro, en el que los blanquiazules de Caicedo echarán toda la carne en el asador para ganar a los «niños» de Bran.

—Tarea no exenta de dificultades.

—Conforme. Papeleta difícil la del Español; mas hay que tener en cuenta que después de la sorpresa del Hércules, los propietarios del campo no pueden dormirse y mucho menos frente a un Sevilla que está dispuesto a mantener la cabeza de la clasificación...

—Y al Español le hacen falta esos dos puntos.

—Como el comer. Aquel tropezón, «que cualquiera da en la Liga», no debe repetirse.

—¿Y...?

—Ganarán, como acaba de decirme mi queridísima amiga doña Lógica.

—No se fíe usted mucho.

—Déjeme usted que diga lo que siento, aunque por el Sur sientan lo que digo.

HEFECE

Tabales, el guardameta rojiblanco, que tendrá ocasión de demostrar mañana en Oviedo su clase ante la artillería contraria, donde hay buenos disparadores

Espinosa, el portero suplente del Madrid, que por lesión del titular Esquiva, cuya actuación es dudosa, defenderá el marco local frente a la «delantera eléctrica» del Valencia

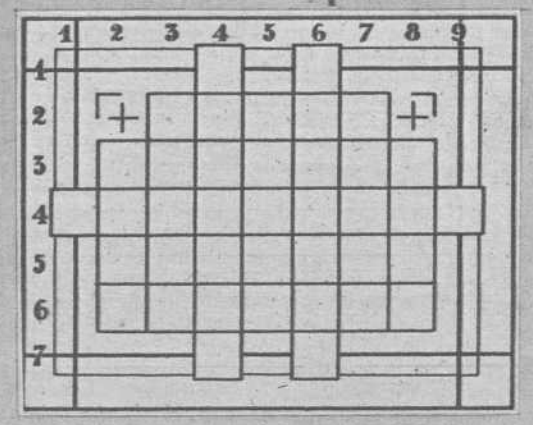
PRIMERA DIVISIÓN

CLASIFICACION GENERAL

	J.	G.	E.	P.	F.	C.	P.
Sevilla	10	6	2	2	43	17	14
Athletic-Aviación	10	5	4	1	31	21	14
Madrid	10	5	1	4	21	17	11
Athletic de Bilbao	10	4	3	3	15	13	11
Español	10	5	1	4	22	23	11
Barcelona	10	5	1	4	24	27	11
Valencia	10	4	2	4	25	29	10
Hércules	10	4	1	5	21	29	9
Zaragoza	10	3	2	5	16	18	8
Oviedo	10	4	0	6	16	29	8
Celta	10	3	1	6	29	24	7
Murcia	10	2	2	6	14	28	6

Y el domingo, día 15, Oviedo-Español en Buenavista; Celta-Athletic-Aviación en Balaidos; Murcia-Hércules en La Condomina; Madrid-Zaragoza en Chamartín; Athletic de Bilbao-Valencia en San Mamés, y Barcelona-Sevilla en Las Corts.

CRUCIGRAMA, por FLA



HORIZONTALES.—1. Consonante. Consonante. —2. Sacrificio ante el altar (plural).—3. Permanecerán atentos.—4. Pertenecientes a una provincia española, femenino—5. Cortesana de la antigua Grecia.—6. Aceitosas.—7. Consonante. Vocal.

VERTICALES.—1. Consonante.—2. Vapor que despiden los cuerpos en determinadas condiciones.—3. Río de Rusia que nace en Komai.—4. Maderos con punta de hierro para consolidar cimientos.—5. Reunión de personas de distinción para divertirse con baile o música.—6. Lugar amenísimo.—7. Al revés, ciudad de Suecia del Golfo de Botnia.—8. Ciudad de Irlanda, capital del condado de Kildare.—9. Consonante.

Solución al número anterior:

HORIZONTALES.—1. Hechos.—2. Eneida.—3. Restar.—4. Pro. Ara.—5. Rot. Los.—6. Ima. D.—7. Seria. O. Promesa.—8. Arato. Mamar.—9. Soborno. L. Alalá.—10. Y. Had.—11. Sen. Oro. 12. Oíd. Sas.—13. Caribe.—14. Aremar. — 15. Fígaro.

VERTICALES.—1. Prisas.—2. Romero. — 3. Otarab. — 4. Ito. Caf.—5. Aor. Ari.—6. N. Reg.—7. Heraldo. O. Soima.—8. Enero. Eibar.—9. Cesas. P. Lindero.—10. Hit. R.—11. Oda. Oma. — 12. Sar. Mal.—13. Enanos.—14. Salará.—15. Arados.

El equipo blanco del Valencia, con sus figuras internacionales, que se enfrentará mañana domingo en Chamartín con los «morados» del Madrid, en un partido de gran trascendencia para la clasificación de los de casa

El «once» del Oviedo, que recibirá en su casa de Buenavista al Athletic-Aviación para dirimir una contienda que se presenta interesante y competida

COSAS DE TORIBIO MOZO, NARRADAS POR ORBEGOZO

LA LATA DE SARDINAS

Para estar en CASA

¿CUÁNTAS son las horas del día que pasas en tu casa? ¿No te parece que son pocas? Y, sin embargo, ha llegado ya la época del año en que lo que más apetece es quedarse buenamente en casa. ¿Pero está la tuya en condiciones de hacer agradable la estancia en ella? No creas que es cuestión de tener mucho dinero ni de grandes complicaciones. Ante todo lo que requieren los cuartos es estar vividos y esto no se consigue ni con grandes lujos ni siquiera con felices aciertos de decoración. Lo importante es que la vida del cuarto sea auténtica, es decir, que en ese cuarto se hayan vivido horas y horas. Veremos cómo sin querer los muebles van cambiando de posición y cómo poco a poco van invadiendo nuestras líneas originales algo frías esos mil objetos que sin mejorar el aspecto estético de una habitación le proporcionan indudablemente un aire más simpático.

Ante todo, que nuestros cuartos tengan una temperatura agradable y no olvidemos nunca que no hay nada tan hospitalario como una amplia camilla con su buen brasero. Las chimeneas son un encanto que desgraciadamente gozamos poco los que pasamos el invierno en las ciudades. Pero el método es lo de menos. Cuando llega la caída de la tarde cerremos con nuestras cortinas las preocupaciones del exterior y que sea nuestra casa como un refugio de tranquilidad. Hagámonos decorativas a nosotras mismas. No tengamos miedo a las fantasías.

Más vale mil veces pecar por exceso en lo que concierne a nuestros trajes de interior, que el dejarnos llevar por la monotonía o el descuido de nosotras mismas porque sólo estamos «en casa». No os quejéis después si vuestros maridos o vuestros hijos prefieren pasar la tarde en cualquier otro sitio que en su propia casa. Poned buena cara a todos los amigos de vuestra familia, que la casa esté siempre en condiciones de ser visitada y tened siempre a mano cualquier bebida o la más sencilla de las cosas de comer; lo que es necesario es dar la sensación de que estáis encantadas de que vengan a vuestra casa y de que agradecéis el que os visiten.

No os preocupéis del pequeño gasto que esto os ha podido ocasionar; tened una idea amplia de la economía y considerad que de todas maneras el que vuestra familia busque sus distracciones fuera de su casa resulta siempre tres o cuatro veces más caro. Sobre todo no preocuparos nunca porque lo que podéis ofrecer sea modesto, bien por no permitir otra cosa vuestros medios, como por no haber tenido tiempo de otra cosa. Acordaos vosotras mismas de cuántas fiestas perfectamente servidas y preparadas han sido aburridísimas y completamente fracasadas, y en cambio de cómo os habéis divertido con cualquier tontería un día de buen humor en el que todos los amigos, quizá, hayáis bebido un poco de cerveza y cómo por toda comida hayáis tenido algo de pan con un poco de queso.

Si véis que la gente está contenta y divertida, no dejarla marchar porque llegue la hora de la comida.

Dejad que sobre lo que haya en la casa, dé cada uno su opinión o sus ideas de la mejor manera de prepararlo y... si quizá como comida no sea un éxito, habréis pasado de seguro un rato entretenido. Que vuestra casa sea alegre. No permitid que las malas caras, los pequeños disgustos, las preocupaciones de cada día,

No tengamos miedo a la fantasía. Mil veces peor el dejarnos llevar por la monotonía o el descuido de nosotras mismas porque sólo estamos «en casa». El cuerpo, de terciopelo azul. La falda, de una tela con fondo de plata.

Al llegar la tarde, cerremos con las cortinas las preocupaciones del exterior. Que nuestra casa sea como un refugio de tranquilidad. Traje de punto en lana angora de color rojo. El cuerpo ajustado por unas costuras que dan luego amplitud a la falda

Traje de interior en una tela de muchos colores. Ajustado hasta las caderas, la falda contrasta por sus grandes vuelos

Elegante y moderno salto de cama, en seda estampada de colores diversos, predominando sobre ellos la severidad del negro
(Fot. V.)

tengan su expansión dentro del hogar. Es difícil darse cuenta de la importancia que este ambiente de alegría puede tener para la formación de los niños.

Tengo una amiga, madre de numerosos hijos, que suple con su optimismo y buen humor todas las deficiencias o penurias de la familia. Por darle unas vacaciones, que ella no podía costear a una de sus hijas, la envió durante una temporada a casa de una tía. Cuando volvió la niña, que había sido mimada y cuidada por todos sus parientes, le preguntó su madre que qué tal lo había pasado.

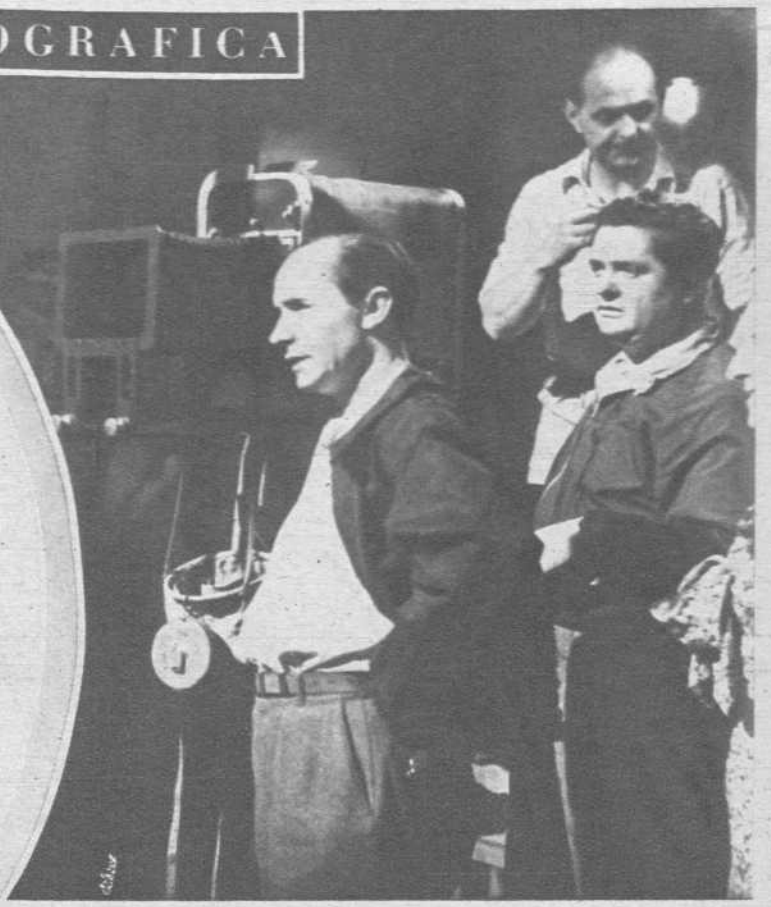
—Muy bien, mamá — le contestó la niña —, pero estaba deseando volver. Allí no cantaba nadie.

¿No creéis que esto es una verdadera satisfacción?

MARICHU DE LA MORA

Habla un director español

Benito Perojo



Poco a poco, como el tabaco, como el café, como otras mil cosas importadas, el cine ha venido a constituir para los españoles — y para todo el mundo — una necesidad vital. Y así, en el presupuesto familiar de cada mes, por muy modesto que sea, figura un capítulo de gastos: Cine... X pesetas. Naturalmente, al ser del dominio de todos o a todos asequible, el séptimo arte, es motivo de charla constante, de discusión, incluso de apasionamiento. Generalmente son los artistas el objeto de análisis, de simpatías y preferencias. Y sólo aquellos que pisan fuerte sobre la cinta de plata dirigen sus miradas sobre el punto vital de cualquier producción: el director. Sin director — queremos decir sin buen director — no hay película, no hay argumento y, sobre todo, no hay artistas. Son éstos hijos espirituales, dilectos y predilectos hijos del director. Palpablemente hemos podido comprobar cómo artistas de talento, de indiscutible valor, han caído en olvido debido a un par de películas mal dirigidas. Y cómo bellos argumentos, acertados guiones, han sido materialmente deshechos por una mala dirección. También hemos visto hermosas realizaciones —verdaderas manifestaciones artísticas — de motivos insustanciales, anodinos, vulgares... He ahí al director...

Y he aquí a Benito Perojo, valor indiscutible de la cinematografía española, propulsor incansable de la producción nacional.

Interesante y curioso para los amantes del celuloide, transcribimos algunos informes, entresacados de amistosa charla, en la que Perojo, con sus gafas quitadas — las gafas son, en Perojo, su caracterización de director —, simpática y amablemente dice:

—La elaboración de una película no es labor tan divertida y fácil como algunos creen. Al contrario. Impera el aburrimiento y no es raro que termine alguno loco. En esta profesión, todos estamos un poco trastornados.

Alguien replica: «Con tanta mujer bonita al lado...»

—Es esa otra fantasía de los que ven el cine desde la butaca. Mientras se hace una película no hay tiempo para el flirteo. Dentro del Estudio no se tolera otra actividad que la del trabajo; las escenas amorosas sólo se admiten delante de la cámara y con el micrófono muy cerca.

—¿Cómo se hace una película?

—En realidad, las películas se hacen sobre la mesa de despacho. Cuando no existe un «guión» perfectamente acabado, técnica y artísticamente, es muy difícil obtener una película discreta.

—¿Es difícil la confección de un «guión»?

—Sin duda alguna. Difícil y de gran responsabilidad.

—¿Existen normas reglamentadas que determinen cómo se ha de hacer un «guión»?

—No. El cine es un arte nuevo y en constante evolución. Los procedimientos envejecen de una temporada a otra. Pero hay algo que no envejece: la continuidad y el ritmo. Los planos tienen su ortografía, su gramática: el primer plano, como el fundido, la vista general, la sobreimpresión, la panorámica, etc., no se puede aplicar a tontas y a locas, sino cuando lo exija la situación; algo semejante a la puntuación en literatura.

—Terminado el guión procede emprender el desglose de planos para organizar el plan de trabajo, distribuído por días y por decorados, fijándose, definitivamente, los planos que han de filmarse cada día. Aparte de esto, queda la elección de artistas, la localización de exteriores — si los hubiera —, indumentaria, proyectos de decorados, música, presupuesto de gastos, etcétera.

—¿Todo ha de pasar, forzosamente, por el director?

—Yo, por lo menos, acostumbro a resolverlo personalmente. En la confección de las películas no debe ocurrir nada sin la intervención del director.

—¿Cuál es su mayor dificultad en los distintos cometidos a su cargo?

—La selección de artistas. En España carecemos de artistas especializados en cine. Esta es la mayor dificultad.

—¿No será culpa de los directores, en su tendencia a recurrir al teatro?

—Yo, por lo menos, creo ser uno de los que han sacado más artistas del anónimo. Pero esto, que era fácil en el cine mudo, en el hablado presenta sus inconvenientes. El artista ha de saber hablar, crear y conservar el tono en la dicción, cualidades que sólo se adquieren con la práctica o la cátedra. A la empresa que expone un millón de pesetas en una película no se le puede exigir que las exponga «probando» valores desconocidos.

—¿Quiere decir que el espíritu español no se adapta al arte cinematográfico?

—El español — y esto se puede decir muy alto — posee cualidades excepcionales para todo lo que signifique arte; pero le falta preparación y disciplina y, en lo que respecta al cine, decisión.

—¿Decisión?

—Aludo a los prejuicios sociales que pesan sobre la familia española. Hay un factor en nuestra sociedad — el que hemos dado en llamar «clase media» —, que podía dar al cine días de gloria, pero el «qué dirán» malogra todos los buenos propósitos.

—¿Y una vez seleccionados los artistas?

—Marcar la fecha y hora para empezar el rodaje de la película.

—Y los ensayos...

—Yo no ensayo a mis artistas, ni lo considero preciso. Cuando van al Estudio, todos ellos han estudiado su papel y el «guión». Luego, yo les explico, en el momento preciso, cómo han de llevar la escena, movimientos, gestos diálogo y... a «rodar».

La poetisa

CUENTO de JOSEFINA de la MAZA

TENIA aquella mujer una extraña apariencia, una extraña vida, una extraña casa.

Había llegado a Madrid recientemente, desde una república suramericana, con un bagaje de pesado romanticismo que se traslucía en toda la figura, desde la cabellera demasiado ondulada y los grandes ojos demasiado fulgurantes, hasta los zapatitos diminutos, estuche de unos pies demasiado chicos. Hablaba con líricos acentos, tenía siempre a punto en los labios palabras elevadas y altisonantes y su conversación estaba por encima de las cosas vulgares: era «etérea», «ideal».

Tenía un esposo esta señora. Un hombre de ciencia y de hogar, que a menudo había de conformarse, ante la mesa adornada con un búcaro pasado de moda y unas flores tristes, con un almuerzo mal condimentado, hecho por una sirvienta que desconocía la vigilancia del ama de la casa. No valía la señora para tales menesteres prosaicos: ella se debía al arte, a la poesía, a la novela, a la música. Y segura de su genialidad, dejaba perdida y en abandono la fuerte y auténtica poesía de una vida bien llevada, para rimar en su mirador, entre hortensias y begonias, unos versos estupendos, llenos de ripios y vulgaridad; o pergeñar unas novelitas «con sorpresa», especie de relatos morales en que al final triunfaba siempre una rara anécdota inesperada, premiadora de la virtud y castigo del vicio.

Se llamaba la poetisa María Elpidia, con ese afán de doble nombre que caracteriza a algunos pueblos. Se llamaba su marido Fernando. Entre los dos no contaban el siglo: estaban, pues, en esa cumbre de la vida cuando tan buenas cosechas se pueden lograr. Fernando, trabajador austero en su despacho, sí que conseguía auténticos logros en su labor de investigación científica. Mientras María Elpidia, vestida con una bata azul pálido un poco ajada, desmelenada la melena, pálida y sutil, cantaba al piano romanzas que encogían el corazón o rimaba consonantes contando las sílabas por los dedos.

Cuando la poetisa sale a la calle, va siempre, como es natural, vestida de negro, y se «desliza» entre los transeúntes aislada en su «espiritualidad», sin rozar la vulgaridad callejera ni pararse a escuchar el fuerte ritmo de la vida.

Así, en las nubes, la mujer, día tras día, pensaba en su genio incomprendido e ignorado; y en la estrecha frente empezó a acumulársele una enorme vanidad.

—Yo soy —hablaba sola paseando por su habitación, entornada como la de un enfermo — una gran poetisa. La palabra le dejaba en los labios un sabor no de perfumada y fuerte miel, sino de almíbar empalagoso, y en los oídos no un vibrar de acero o de bronce o de follaje, sino el tintineo pueril de una cucharilla batiendo un vaso de plata Meneses. — Bien; soy una extraordinaria mujer y necesito que el mundo lo sepa. Yo quisiera... quisiera... quisiera... ¡tener una estatua!

Se le ocurrió la idea muy de repente, en una ráfaga visionaria que ella creyó punto menos que inspiración divina. — Sí — repitió — una estatua es lo que necesito...

María Elpidia sintió tan vivo el deseo de su súbito pensamiento que casi se muere. Un violento palpitar del corazón bajo las ballenas del corsé, una veladura de emoción en los grandes ojos, un temblor de las manos pálidas y un poquito arrugadas. Y desde aquel momento, la poetisa vive en un desenfrenado soñar, más visionaria que nunca, más en las nubes, sin llegar al cielo.

Pasa los días haciendo sus tétricos versos y cantando sus romanzas feroces, toda llena de melenas y de ojeras, toda pálida y desviada. Y pensando siempre en aquella estatua que necesita y merece.

Hasta que sabe Dios a costa de cuántas influencias y torturas epistolares infligidas a sus compatriotas, logró la dama que en su lejanísimo pueblo natal, allá en las astronómicas sabanas de su tierra, se formase una comisión decidida a que María Elpidia tuviese un monumento. Por lo demás, la placita del pueblo estaba necesitada de una estatua y no les pareció mal a las fuerzas vivas de la pequeña población hacerla venir de España, prestigiada por el buril de un gran artista. Y toda nerviosa, María Elpidia recibió un buen día una abultada carta de allende el mar. Allí iba un fuerte cheque, el encargo soñado y hasta la prisa por recibirlo.

Como quien logra el colmo de su vida, visitó la poetisa al escultor. Era un hombre de Castilla, seco, huraño, que se quedó indiferente a las excesivas palabras de la dama.

—Porque usted, señor, hará una magnífica obra de arte, estoy segura. Yo posaré todo el tiempo necesario, vendré sin cansarme todos los días y entre los dos conseguiremos algo maravilloso...

—¿Entre los dos?—medio gruñó el hombre, un poco sorprendido.

—Sí. Considero que el modelo puede ayudar mucho al artista. Verá usted. Yo soy una mujer de complicado temperamento, y ante usted iré desprendiéndome de los siete velos que ocultan mi espíritu.

El artista se sintió invadido de terror al presentir tales desnudeces sentimentales. Mucho más que si la escritora hubiese insinuado un auténtico desvelarse plástico.

—Le traeré a usted mis libros y mis poesías; retratos míos desde la infancia hasta el día de hoy; cartas que mi esposo guarda como joyas, y en las que se traslu ce mi alma. Le traeré fotografías con paisajes de mi tierra, para que usted se percate en qué ambiente se deslizó mi primera juventud; le traeré...

—Bien—cortó áspero el artista, harto ya de tanto bagaje—. No creo preciso que usted se moleste más que en venir usted misma, sencillamente. Puede usted decir el día que le conviene y la hora.

Un poco atragantada, la dama expuso, después de muchas vacilaciones, la exactitud de la primera cita para empezar el trabajo.

Cuando el artista, sin reverencias, cerró un poco rudamente la puerta detrás de la poetisa, ya estaba ella punto menos que arrepentida de haber acudido a aquel escultor habiendo otros de igual fama y educación más fina. ¡Qué hombre tan brusco, Dios mío! Sería preciso domesticarle a fuerza de gracia y de talento...

Y María Elpidia se propuso verter todas las dulzuras de su carácter poético y angelical sobre aquel mozo más seco que una encina.

Y empezó el trabajo. Y empezó el diálogo, en que se oía la voz de ella en trémolos sostenidos y suavísimos ceceos, y la voz áspera de él, tajante, ruda, buena para sonar sintonizada con el cincel y el martillo. La de ella se deslizaba en la humedad del barro, donde los dedos del escultor tallaban la presunta estatua.

¡Y qué difícil aquella quebradiza mujer! ¿Quién realizaba en plástica materia el pelo estoposo lleno de onditas menudas, los párpados blandos, la desdibujada boca, el gesto caído y sin relieve? Y para colmo, María Elpidia no se estaba quieta ni un minuto. Ella quería no perder expresión, y mortificaba al artista con su incesante charla pretenciosa.

Sin muchos miramientos, Rodrigo venía a decirle, poco más o menos, estas palabras:

—Señora, haga usted el favor de estarse quieta y callada.

Y la dama se quedaba silenciosa por muy pocos minutos.

Miraba ella con inquietud el abocetado bloque donde ya se perfilaban rasgos y señales. Y estaba preocupadísima. Aquel no era su rostro, ¡por favor! ¿Dónde estaban sus ojos «de mar», su menuda boca «de piñón», su melena rizosa, su gesto transcendente?...

—Yo creo—insinuaba con púdicos remilgos—que mi boca es más pequeña. ¿No le parece a usted? Verá, señor. En 1915 me hicieron unos versos en mi álbum, en que decían precisamente que mi boca, por su dibujo y expresión, era «semejante al arco de Cupido». ¿No le parece a usted exacto ese símil?

—Señora, si usted no deja quieta su boca, yo no podré dibujar en el barro nada, nada: ni arcos, ni labios, ni nada... Por favor, cállese usted.

Unos minutos de silencio.

—Me parece que no soy tan delgada como va quedando la estatua. Porque yo tengo el seno más levantado; también en ese álbum que digo a usted se habla poéticamente de la «turgencia del seno»...

El escultor sudaba. ¿Cómo diablos se le había ocurrido a aquella mujer encargarle a él, precisamente a él, su desdichada estatua? Y es el caso que ya había recibido una suma importante por adelantado y le era necesario dar fin a aquel tormento.

Pero era imposible. La señora no cejaba en su disgusto y sus insinuaciones; un descontento manifiesto en cada sesión. Rodrigo estaba a punto ya de neurastenia, y cuando sonaba en la espaciosa casa el timbre pulsado por la mano de la poetisa, el escultor maldecía la hora en que aceptó el encargo.

—Hoy le traigo a usted un retrato de mi mamá y otro de mi papá, para que usted se percate del parecido que con ellos tengo. Vea: la nariz es igual a la de él;

la boca y los ojos son los de mi madre Con estos datos tiene usted una orientación segura.

—Yo sólo necesito, amiga mía—insinúa poniéndose amable a la fuerza el artista—, que usted pose tranquilamente, sin inquietudes ni preocupación. Ya falta poco. En cuatro sesiones más acabamos.

¡Faltaba poco! Y ella, que creyó que aquello era sólo un boceto, un trabajo insinuado, apenas con vida. ¡Qué grave equivocación había sufrido!

Cuando regresa a su casa, envuelta en sus crespones polvorientos, con su aire triste de hormiga, el corazón le duele de puro sufrir. Su maravilloso sueño de estatua bien labrada, bien recompuesta, con todos los detalles de su belleza y su

genio, venían a parar en aquel desencanto de barro, que haría pasar a las generaciones venideras la sombra de una María Elpidia carente de hermosura.

En tanto, el escultor se volvía loco con aquel deleznable modelo, que no le ofrecía ni un ángulo de gracia, ni un perfil atrayente, ni un plano plástico y realizable. Y a fuerza de genio y sabiduría, estaba logrando una labor bella como todas las suyas, con una belleza puesta por su arte puramente, sin el menor auxilio de la pobre poetisa.

Aquellas cuatro sesiones últimas amenazaban ser un tormento en que dos almas contrapuestas se torturaran en duelo feroz. Rodrigo estaba decidido, por compromiso y tesón, a cumplimentar su encargo. María Elpidia se horrorizaba al ver su sueño realizado en desencanto, para toda su vida y para la posteridad.

Y exponiéndose con todo el dolor de su vanidad a las tremendas iras del artista, aquella tarde, mientras en el Estudio esperaba a que él entrase, tomó las suaves maderas con que Rodrigo modelaba el barro, y audaz, decidida, empezó a corregir su trabajo. Borró las arrugas de los párpados, suavizó torpemente la línea del cuello, que no estaba a su parecer, lo bastante *ebúrneo*. Con torpe mano temblorosa, indignada y a la par con algo de susto, fué maculando con sus toques la estatua, que era ya una obra perfecta y con la impronta de una genial.

Silencioso, desde el umbral de la puerta, Rodrigo veía aquel atrevimiento y desfachatez. Una ira tremenda se le acusa en los labios, en los apretados dientes que muerden la pipa perfumada.

—¡Señora! ¿Qué hace usted?...

Tronó su voz apocalíptica en las resonancias desnudas del Estudio. Menuda e intranscendente en la inmensa habitación, María Elpidia dió un respingo y gritó un ¡ay! chillón y ratonil.

—¡Señora!—gruñó el artista.

Y ya iba a barbotar fulminantes imprecaciones cuando acertó a contenerse. No. Se callaría. Porque si empezaba perdería su control y era capaz hasta de pegar a aquella pobre dama, tan chiquita y obscura. Se callaría. ¡Ah! Pero su venganza será tremenda. Ya la está meditando; ya le bulle en los dedos, en las pupilas, en todo su expresivo gesto y actitud. Por de pronto, cambia su gesto feroz en sonrisa, falsa sonrisa, tan falsa como aquella con que le corresponde la boca de piñón de la señora.

Temblorosa y con miedo, ella se apresura a explicar:

—Me he permitido corregir apenas algunos rasgos, ¿sabe usted?, algunas pequeñeces que al mejor artista del mundo se le escapan. ¡Es tan difícil mi rostro!

—Ha hecho usted muy bien, amiga mía. Con su intervención, la estatua gana enormemente. Vea, vea usted; este toque está perfecto. ¡Si yo pienso que a usted las hadas le trajeron todos los dones de la belleza y del arte!

Deshecha en mieles y absorta en sorpresas, la poetisa se diluye toda en un gesto más dulce que el almíbar.

—¡Por Dios, Rodrigo!

Y el nombre de él, dicho entre aquellos juegos de sonrisas y de elogios, le parece a María Elpidia un dulcísimo extravío, un casi pecado de coquetería y perversión.

—Bien—decide el artista, ya dentro de la diversión de su venganza—. Hoy, para festejar este descubrimiento que yo hago de sus nuevas aptitudes, no trabajaremos. Vamos a tomar una copa de vino generoso. ¿O prefiere usted un «coktaib»? Es la hora.

Llena de remilgos y sonrojos, responde la poetisa:

—Acepto la vacación y el licor, Rodrigo.

Ya cabalga María Elpidia en nubes de ensueños, ya la copa de Jerez, fuerte y dorado, le calienta el blando seso y le arde en las estériles venas. Es toda suavidad y blanduras, toda ojeadas matadoras, lánguidas contorsiones. Mientras el escultor, indignado y sonriente, continúa la farsa.

Llega la hora de partir. Hasta mañana quedan citados la dama y el artista. Al despedirse, la mano de ella presiona de un modo sugestivo y alarmante la ruda mano del escultor. Está él a punto de saltar con su mal genio y su rudeza. Y cuando María Elpidia ha salido, no consigue evitar un fuerte portazo, iniciación de su desahogo. Aquel taque de la puerta le bate a la señora tremendamente en el corazón.

Y se va calle abajo más insignificante que nunca, más empolvado con polvo triste, su traje y su sombrero de color «de ala de mosca», más indefinida, más «poetisa» que jamás.

Rodrigo, por fin, ha recobrado su verdadero gesto de furor. Camina rápido a su estudio, y se cruza de brazos frente a la estatua.

—¡Imbécil!—le grita junto a los oídos de barro, como si le pudiese escuchar. Y prosigue:—He querido darte una belleza que no tenías, una expresión y un gesto y un alma a tus rasgos deleznables. Pero tú, tú no sabes lo que es arte ni lo que es vida; ¡no sabes nada, estúpida mujer!

Y con desprecio y frenesí, Rodrigo da un puñetazo en plena cara escultórica. No le basta. Toma un martillo y con la rabia contenida de muchas horas, convierte la estatua en una monstruosa pella de barro, lamentable y fracasada.

Suda el hombre y sonríe. Tiene en el traje manchas de tierra, y hasta en la revuelta melena se le prenden, como protesta de la obra contra su autor y destructor.

Pero ya tranquilo, Rodrigo se sienta frente al destrozo, hundido en un butacón y se fuma dulcemente su pipa de tabaco perfumado. Poco a poco se queda dormido, como un niño elemental y salvaje. Luces de genio y de arte le perfilan la ancha frente, inteligente y hermosa, las manos, dueñas de mil secretos de arte y de belleza.

Mientras la poetisa, en cuyo corazón resonó tan dolorosamente el brusco taque de la puerta, fué viendo sin mirar, desde el tranvía, las calles bulliciosas de la ciudad.

Aislada en sus temores y en su inquietud, sintió de pronto un malestar físico, una sensación dolorosa. «¡Señor, qué irá a sucederme!» Teme no llegar bien a su casa.

Y así es. A duras penas tiene alientos para mandar parar en una calle lejana, donde su hotelito pretencioso se levanta triste y callado, con aire de muerto. Y María Elpidia, doliente, aterida, sube la escalera, se arrastra a su honda alcoba para «dejarse caer» con desmayo sobre la colcha de falso damasco azul.

Es la hora en que Rodrigo empieza a dormirse con placidez en su clara estancia, frente al barro deshecho; la misma hora en que María Elpidia siente también un deshacerse de sus fuerzas físicas y morales. Y como si aquellos golpes del puño audaz y del martillo hubiesen sido en su propia carne blanda y pálida, se duele lamentablemente la señora. Acuden el esposo y las criadas. Y la hallan exánime, presa de un desmayo al que han precedido tan sólo estas palabras:

—¡Mi estatua..., mi estatua deshecha!...

Y una conmoción del cerebro pone a las mismísimas puertas de la muerte la vida preciosa de María Elpidia.

Y cuentan los que han contado esta verídica historia, que se tuvo desde entonces a la poetisa por bruja y adivina, ella, que desde su tétrica alcoba presintió y sintió lo que ocurría en el Estudio de sus sueños muertos y sus ilusiones.

Con aires nigrománticos y misteriosos, vivió muchos años María Elpidia, haciendo unos versos cada vez más tremendos, vestida con trajes que tenían polvo de siglos, paseando su genio y su poesía por las crujientes y entornadas salas de su hotel, acompañada del trotecillo de los ratones y del tejer de las arañas.

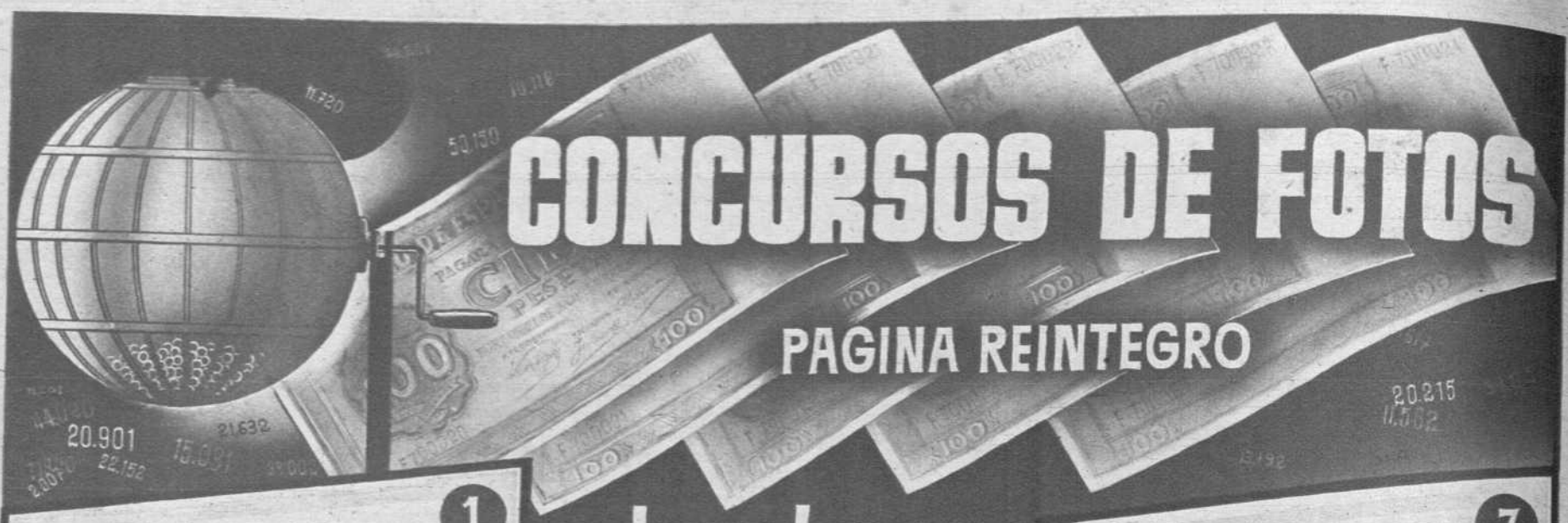
No tuvo estatua en su pueblo natal, su pueblecito cándido y misterioso, perdido en las soberbias llanuras americanas, a la sombra andina y majestuosa de unos montes sin igual.

En cuanto a Rodrigo, no volvió a tomar encargos artísticos a costa de señoras más o menos «delicuescentes», y guardó un santo horror a las escritoras enlutadas y áridas de corazón, mujeres de pluma y papel sobre una mesa, nada más. Las «poetisas» que no saben escuchar la fuerte, dura y honda poesía de la vida vulgar.

FIN

(Dibujos de USA)

TALLERES DE GRÁFICAS ESPAÑOLAS, Hermosilla, 73. Teléfonos 56164 y 56165. MADRID



CONCURSOS DE FOTOS

PAGINA REINTEGRO

Lector

acertando la terminación de los tres primeros premios del sorteo que se celebrará el día 21 de Diciembre de 1940, conseguirá Vd. un premio de

500 PTS.

Cupón a llenar. CONCURSO N.º 1

Primer premio terminará en ..... cuyo núm. corresponde al anuncio del producto .....

Segundo premio terminará en ..... cuyo núm. corresponde al anuncio del producto .....

Tercer premio terminará en ..... cuyo núm. corresponde al anuncio del producto .....

NOMBRE Y SEÑAS DEL CONCURSANTE

Don .....

Domicilio ..... núm. .....

Población .....

(Remítase este cupón debidamente lleno a «Concursos de Fotos» Apartado 911.-Madrid.

NOTA IMPORTANTE: La admisión de cupones quedará cerrada el día 19 de noviembre de 1940. Este cupón no será válido si no se escribe en él con letra muy clara el nombre o marca del producto que se anuncia en los recuadros correspondientes a los números que se dan como probables terminaciones. Caso de haber varios concursantes que acertaren la solución, se sorteará entre ellos el premio a conceder.

1

llegó la noche
una pastilla de
LAXEN BUSTO
le arreglará el intestino
¡laxante prodigioso!

2

LA BELLEZA DE SUS MANOS DEPENDE DE
ésmo
LACAS
ESMALTES

3

Crema de
ROSAS BLANCAS
CROS
DE EFICACIA ABSOLUTA CONTRA LAS PECAS Y LAS MANCHAS de la PIEL

4

Señora...
PARA SUS LABIOS
LAPIZ
VERA
SUPER-PERMANENTE
EL MEJOR DEL MUNDO

5

afeitese con
HOJAS
IBERIA
•FABRICACIÓN ESPAÑOLA•

6

BARACHOL
CURA LA SARNA
Y ENFERMEDADES
DE LA PIEL.

7

IMPORTANTE
SEÑORA: Si Ud. pide permanente SOLRIZA y le aplican desaprensivamente una imitación, usted ha sido defraudada y tiene derecho a una indemnización. Estamos dispuestos a ayudarla, sus derechos son los nuestros; informe del caso a nuestra sección contenciosa, que los defenderá.
LOS LEGITIMOS SAQUITOS SOLRIZA SON INCONFUNDIBLES
Solriza
ONDULACION PERMANENTE
MADRID Mayor, 4 • ALICANTE R. Altamira, 22 • ZARAGOZA Jaime I, 19 • BARCELONA Pelayo, 52

8

PERFUME MODERNO
LOCION
Dorana
CREACION DE Klls NOVELDA

9

RESFRIADOS GRIPE CONTAGIOS
PASTILLAS
FORMITROL

0

MERMELADAS
EL MONAGUILLO
Clase selecta

BERNABE BIOSCA
• ALICANTE •

PARA ANUNCIAR EN ESTA PAGINA DIRIGIRSE A "PUBLICITAS. S.A." - AV. JOSE ANTONIO, 31 - TELEFONO 22005 - MADRID

...Y el espejo la dijo que sí...

PUBLICIDAD GABERNET

COMPACTO
font
6 TONOS
MARAVILLA • INDOSTAN
TOSTADO • MANDARINA
SALMON • ENCARNADO
Caja: 1'75 Pesetas
TIMBRE A METÁLICO

POLVOS
Gatita
4 TONOS
BLANCO • RACHEL 1
RACHEL 2 • OCRE
Caja pequeña: 1'25 Pta
Caja grande: TRIPLE CONTENIDO 2 Ptas.
TIMBRE A METALICO

ADQUIÉRALOS A SU PROVEEDOR HABITUAL

PERFUMERIA **FONT** DE PRESTIGIO CENTENARIO • MALLORCA, 123 BARCELONA

Aprenda
RADIO
por correspondencia, y en UN MES puede construirse usted mismo un soberbio aparato
ENSEÑANZA SERIA
ES EL MÉTODO MÁS SENCILLO Y EFICAZ DEL MUNDO
DETALLES GRATIS
RADIO-ENSEÑANZA
Apartado 10069 - MADRID

¿QUERÉIS SER ADMIRADAS?

Usad **PÍLDORAS CIRCASIANAS.** Único tratamiento que desarrolla el busto dándole las más sugestivas líneas juveniles. Posea un busto siempre atractivo con **PÍLDORAS CIRCASIANAS** del Dr. Brun de Berlín. Maravilloso vitalizador del organismo femenino, embellece, regenera y rejuvenece. Venta Farmacias: frasco grande, ventajoso, 9'30 ptas. (Timbre incluído). Por G. P. a M. F. Pous. Apartado 481, Barcelona, 10 pesetas frasco.

¡PELUQUEROS DE SEÑORAS!

TRIUMPH ofrece a ustedes el
SECADOR LUMINOSO
Modelo 1941

e instalaciones completas de Peluquerías, a precios inconcebibles
Pida folletos y presupuestos
A. SOLE PALOU
Notariado, 3, 5 y 7
BARCELONA
Avda. J. Antonio, 15, entlo.
MADRID

CRONÓMETROS SUIZOS

10 MARAVILLA TÉCNICA AÑOS DE GARANTIA
ENVIOS SIN MAS GASTO POR CORREO A SU DOMICILIO.
FACULTAD DEVOLUCION
CATALOGO GRATIS
FABRICAS SUIZAS REUNIDAS
HERNANI (GUIPUZCOA)

¿Quiere Ud. crecer 8 centímetros?

Lo conseguirá pronto a cualquier edad con el grandioso CRECEDOR RACIONAL. Procedimiento único que garantiza el aumento de talla y el desarrollo. Pedid explicación, que remito gratis, y quedaréis convencidos del maravilloso invento, última palabra de la ciencia. Dirigirse a D. Joaquín Lloris, sucesor del Profesor Albert. Calvo Sotelo, 36 (antes Pi y Margall), Valencia (España).

Tónico nervioso Cera

SIEMPRE MAS QUE NINGUNO MANANTIAL INAGOTABLE DE VIDA Y ENERGIAS

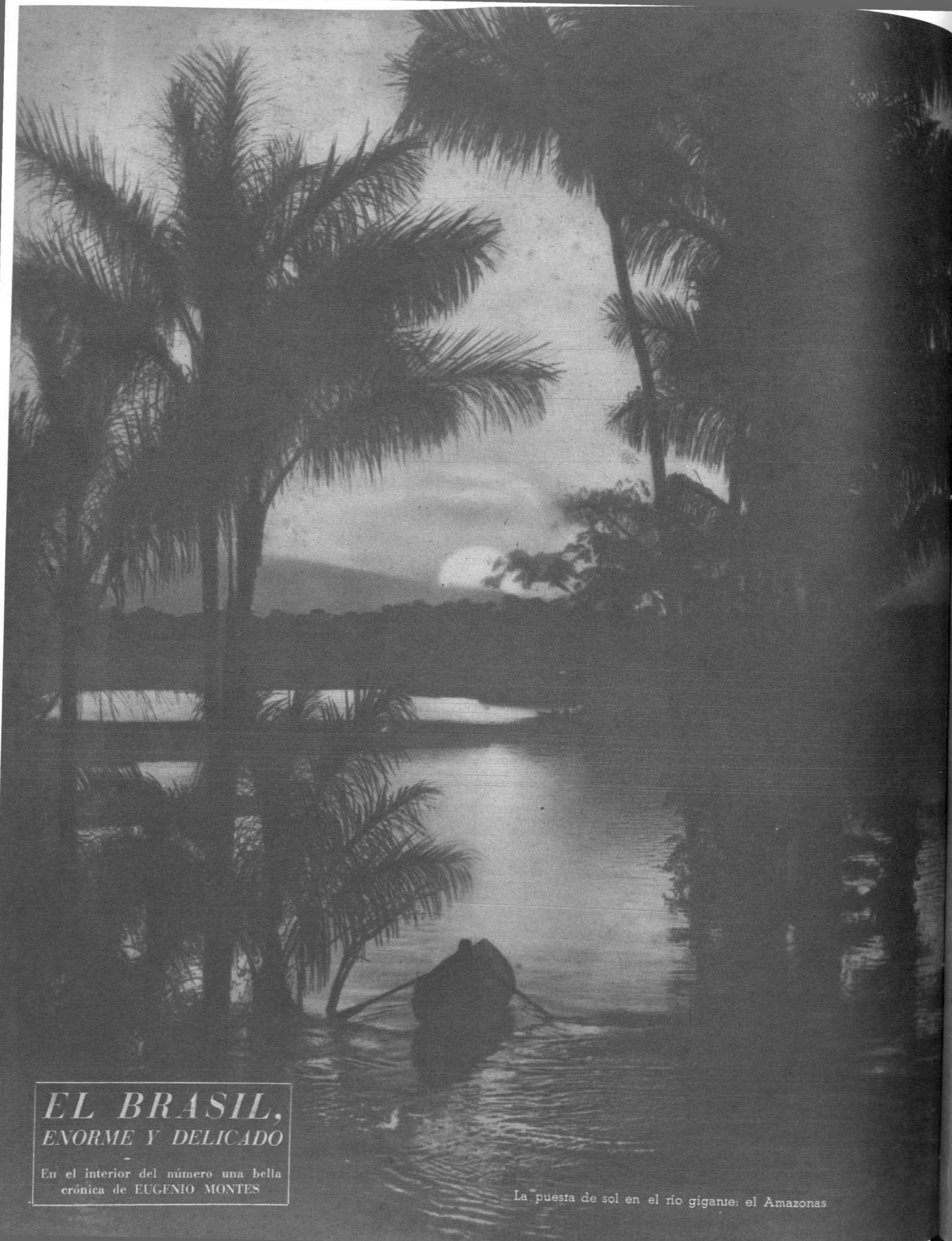
VENTA FARMACIAS

el Imperio Británico

Jesús Huarte analiza fríamente la institución política más gigantesca que ha conocido el mundo en su nacimiento, poderío y decadencia. La profunda y esencial diferencia que separa a los grandes pueblos colonizadores, España e Inglaterra, debe inducir al lector a una meditación sobre el ca-

SERVICIO DE PUBLICIDAD - Fernanflor, s. - Madrid

EDICIONES ESPAÑA



EL BRASIL, ENORME Y DELICADO

En el interior del número una bella crónica de EUGENIO MONTES

La puesta de sol en el río gigante: el Amazonas